

Aplicando la Palabra

Aunque parezca paradójico, a medida que avanzamos en conocer al Señor, proporcionalmente nos volvemos más y más temerosos y desconfiados de todo cuanto provenga de nuestra propia naturaleza. Pablo resumió esto cuando declaró: «...*en espíritu servimos a Dios, y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne*» (Flp. 3:3).

Es lo que sentimos al comenzar un nuevo año, por lo cual agradecemos sobremanera las cartas, las oraciones y todas las manifestaciones de aliento de parte de nuestros lectores.

En la presente edición ponemos a vuestra disposición diversos mensajes que fueron de bendición en nuestro medio durante la segunda mitad del año 2012 que recién termina.

Nuestro Señor se comprometió a edificar su iglesia, y es innegable que ha sido fiel en su tarea a través de los siglos. Nuestra parte es discernir el mensaje de su Espíritu a través de los distintos vasos que él mismo utiliza.

Uno de los autores nos dirá que las realidades espirituales no se consiguen en forma automática –es decir, por el mero hecho de oír o memorizar ciertas verdades–, sino por la obediente aplicación que humildemente hagamos a nuestras vidas de la palabra recibida, echando mano a todos los recursos que el mismo Señor pone a nuestra disposición. Solo entonces nuestro provecho se hará evidente.

Nuestro consuelo proviene del Dueño de la obra, quien sabe usar los distintos medios de edificación para beneficio de su pueblo.

Que así sea también con esta presente edición.

El año 2012 quedará marcado por una serie de eventos suscitados por un creciente afán de desarrollo, tanto a nivel económico como científico.

ENFOQUE DE ACTUALIDAD

Año 2013: Luces y sombras

En el ámbito económico, el año que recién pasó, se caracterizó por una serie de acontecimientos que dejaron una huella indeleble en la economía mundial y que será, sin duda, algo que también tendrá consecuencias durante el presente año, a saber:

Crisis del euro

En enero de 2012, el diario británico Financial Times le preguntó a 83 economistas si creían que la eurozona sobreviviría los 12 meses con todos sus miembros. Solo el 43% dijo que sí.

Hoy es fácil decir que ese porcentaje se equivocó, pero lo cierto es que no fue por mucho.

Para mantener a la eurozona intacta se necesitó una intervención de alrededor de un billón de euros del Banco Central Europeo (BCE), un rescate de los bancos de España y varios acuerdos que evitaron a último momento la cesación de pagos de Grecia (el último fue de 44.000 millones de euros -56.000 millones de dólares- desembolsados en diciembre).

El punto de inflexión de la crisis se produjo en julio, cuando el presidente del BCE, Mario Draghi, aseguró que

haría «todo lo necesario» para salvar al euro.

España e Italia estaban preparándose para un verano de ataques especulativos: el fantasma de una desintegración violenta estaba en el aire.

«La intervención de Draghi y de los gobiernos europeos fue decisiva para los inversores y las empresas al dejar en claro que había la voluntad política necesaria para evitar la desintegración de la eurozona», le comentó a BBC Mundo Marie Dirone, economista senior de la consultora internacional Ernest & Young.

El fantasma de una desintegración no solo afectaba a las 17 naciones que tienen al euro como moneda única. Según los expertos, la estabilidad financiera del mundo entero estaba en peligro.

Los bancos

El sistema financiero internacional se ha convertido en un paciente con pronóstico reservado. El cáncer descubierto en 2007-2008 fue neutralizado, pero el peligro de metástasis sigue latente. En 2012 el paciente experimentó varias recaídas.

En junio, el ministro de Economía de España, Luis de Guindos, obtuvo de la Unión Europea un rescate de hasta US\$ 131.000 millones para sanear su sistema financiero.

Uno de los riesgos más graves de una debacle española era el efecto contagio por el impacto que una bancarrota tendría en sus acreedores (bancos alemanes, franceses y, en menor medida, de Estados Unidos).

España fue el rescate más sonado, pero no el único. En junio, Francia, Bélgica y Luxemburgo, dueños del Banco Dexia, tuvieron que aumentar su garantía de la entidad en US\$ 13.000 millones: hoy, la suma total del respaldo es de US\$ 72.000 millones.

«Estas intervenciones disminuyeron el riesgo de crisis sistémica. Pero todavía hay muchos problemas por resolver en términos de deudas incobrables, reestructuraciones bancarias y achicamiento del sector», dijo Marie Dirone a BBC Mundo.

A estas fragilidades se añadió una catarata de escándalos que minó aún más la alicaída reputación del sistema financiero.

La desaceleración china

La crisis de la eurozona tuvo un impacto global que alcanzó a la nueva estrella del firmamento internacional, China.

El tropiezo se debió en gran medida al impacto que la crisis de la Unión Europea –principal socio comercial de China– tuvo sobre sus exportaciones.

La desaceleración china tuvo un efecto dominó. En septiembre, el Banco Mundial afirmó que Asia crecería un 7,2% y no un 7,6%. La diferencia

puede parecer minúscula en un marco de alto crecimiento, pero son décimas que tienen un fuerte impacto económico y social.

América Latina acusó el golpe. En la primera mitad de 2012, las exportaciones de Brasil a China se redujeron a la mitad, y el precio del cobre, principal producto de Chile y tercero de Perú, cayó a su nivel más bajo, debido al enfriamiento económico del gigante oriental.

Pero el año 2012 termina con mejores perspectivas. La producción fabril china comienza a repuntar, y el mismo Banco Mundial ha modificado al alza sus predicciones para China en 2013.

Control de Internet

Otra noticia que sin duda tendrá repercusiones globales es el tema de la reciente Conferencia Internacional de Telecomunicaciones (WCIT) convocada por la ONU en Dubái. La controversia estaba en el aire incluso antes de iniciarse tal encuentro, que muchos sabían se aprovecharía para tratar el peliagudo tema del control de Internet.

China y Rusia, entre otros, estaban muy preocupados porque el alma y motor de algo tan importante como la red global siga en manos de compañías y organismos estadounidenses. Mientras que otro bloque de países, como Canadá, la Unión Europea y Costa Rica, a pesar de compartir las mismas preocupaciones, prefieren secundar a Estados Unidos y mantener intacta una red que consideran funciona bien tal y como está.

Pero en definitiva, el fin último de aquella reunión fue actualizar unas

regulaciones internacionales en telecomunicaciones que ya se encontraban escandalosamente obsoletas.

Tratado firmado

Finalmente, un total de 89 países firmaron el tratado propuesto, una minoría, considerando que los países miembros de la WCIT suman unos 193. Varios países latinoamericanos, incluso Chile, postergaron la decisión de firmar, aduciendo que necesitaban más tiempo para analizar el tema.

La firma del tratado supone que el reglamento internacional entra en vigor en el país firmante, pero según aclaró la UIT éste no afecta el actual sistema de administración de Internet y, en todo caso, las decisiones últimas sobre las políticas aplicadas a la red de cada país la tienen sus respectivos gobiernos.

Para los más puristas defensores del statu quo de Internet, cualquier insinuación que fomente la censura, supone el principio del fin de la red tal y como la conocemos. Muchos temen que un tratado, cuyo texto pocos conocen, termine dando carta blanca para que los gobiernos puedan interceptar comunicaciones privadas, blo-

quear contenidos y supervisar cualquier actividad de cualquier persona.

En realidad, independiente de que este tratado termine siendo o no aprobado, los gobiernos de algunos países ya cuentan (y usan) herramientas que les permiten controlar de algún modo la Internet.

¿Será que alguien está pensando que, si alguna persona o grupo de personas logra controlar la información, terminará controlando el mundo entero?

La ciencia celebra

El descubrimiento del Bosón de Higgs fue, sin duda, el evento que concentró la mayor atención de la comunidad científica internacional.

El periódico español El País destacó: «El 4 de julio de 2012 bien puede pasar a la historia de la ciencia. Ese día, los científicos del laboratorio Europeo de Física de Partículas (CERN), anunciaron que habían descubierto una nueva partícula que seguramente sería el tan buscado bosón de Higgs, partícula elemental predicha teóricamente hace casi medio siglo y que ha exigido el esfuerzo de miles de científicos e ingenieros para dejarse ver. El bosón en cuestión es la clave para explicar cómo otras partículas adquieren la masa que tienen. Varios físicos teóricos, entre ellos el británico Peter Higgs, habían conjeturado que el espacio está lleno de algo denominado campo de Higgs (similar al campo eléctrico), con el que las partículas masivas interactuarían adquiriendo su masa. Y si el campo eléctrico se manifiesta en una partícula, el fotón, el campo de Higgs lo haría en correspondien-

**El sistema financiero
internacional se ha
convertido en un paciente
con pronóstico reservado.**

te bosón. Pero, para producirlo y observarlo, los físicos han necesitado el más potente acelerador de partículas jamás construido, el LHC, instalado en el CERN, y los gigantescos detectores Atlas y CMS que registran las colisiones de alta energía de los protones acelerados. Con su obligada exactitud, los científicos del CERN recalcaron en julio que el bosón descubierto podría ser el Higgs, pero que aún tenían que tomar más datos para confirmarlo. Los últimos resultados apuntan en ese sentido»¹.

Los alcances de este hallazgo en el ámbito científico son todavía insospechados.

¿A dónde mirar?

Como podemos observar el año que dejamos atrás fue altamente noticioso, no solo en estos ámbitos mencionados sino también en el espectro político mundial.

Vivimos en un mundo convulsionado por la inestabilidad de los mercados y sus sistemas políticos, con descubrimientos a nivel científico de gran envergadura, y con un creciente nivel de escepticismo que se expande entre los hombres. Esto último no solo relacionado a la fe cristiana, sino que a las instituciones en general. La gran mayoría de las instituciones, sean estas políticas, judiciales, sociales o religiosas han caído en un descrédito social. Todo esto puede provocar (como es el

caso de algunos países) una ola de descontento social que demande remediales urgentes, incluyendo una renovación del paradigma contemporáneo. Los ciudadanos del mundo están exigiendo una pronta solución a sus demandas por la vía de las manifestaciones, acrecentando los niveles de inseguridad e inestabilidad político-social en todo el orbe.

Ante tal panorama nos hará bien considerar las advertencias que el apóstol Pablo escribe a Timoteo: «*También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, traidores, impetuosos, amadores de los deleites más que de Dios...*». Todo lo que hoy vivimos como sociedad es, sin duda, el resultado de este carácter del hombre. Esto es una radiografía de nuestro sistema político, económico y religioso, pues los sistemas lo componen los hombres.

¿Cuál debe ser la actitud cristiana para los tiempos que corren? ¿Cómo debemos andar? «*Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprochables, en paz*» (2ª Ped. 3:13-14).

¹ http://sociedad.elpais.com/sociedad/2012/12/20/actualidad/1356022826_205688.html



Dios no tiene sino una manera de revelarse a sí mismo. Es "Cristo en vosotros". Él no tiene ninguna otra forma de mostrarse a los hombres excepto cuando Cristo vive en nosotros; no por la nube de gloria en el templo construido por manos de hombres, sino en vidas redimidas, liberadas y limpias que caminan en este mundo oscuro con Cristo morando en ellas. (L.L. Letgers).

¿Quiénes necesitan el evangelio?

C.H. Spurgeon

Nuestra misión es mostrar que el evangelio está dirigido a los pecadores, y tiene puestos sus ojos en los culpables; que no ha sido enviado al mundo como una recompensa para las personas buenas o excelentes, o para aquellos que piensan que tienen ciertas cualidades o que están preparados para el favor divino; sino que está destinado a los que quebrantan la ley, a los indignos, a los impíos, a quienes se han extraviado como ovejas perdidas, o han abandonado la casa de su padre como el hijo pródigo.

I. **Primero**, aun una mirada superficial a la misión de nuestro Señor basta para mostrar que su obra fue para el pecador. La venida del Hijo de Dios a este mundo como Salvador significó que los hombres necesitaban ser liberados de un mal muy grande por medio de una mano divi-

na. La venida de un Salvador que mediante su muerte proporcionaría el perdón para el pecado del hombre, significó que los hombres eran sumamente culpables, e incapaces de procurarse el perdón por medio de sus propias obras.

¿Qué justifica la encarnación sino la ruina del hombre? ¿Qué puede explicar la vida de sufrimiento de nuestro Señor sino la culpa del hombre? Sobre todo, ¿qué explica su muerte y la nube bajo la cual murió sino el pecado del hombre? «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas. Pero Dios cargó en él el pecado de todos nosotros». Ésa es la respuesta a un enigma que, de cualquier otra manera, no tendría respuesta.

Si damos una mirada al pacto bajo el cual vino nuestro Señor, pronto notamos que su orientación es hacia los hombres culpables. Si hubiera existido una salvación por obras hubiera sido por medio de la ley, ya que la ley es íntegra y justa y buena; pero el nuevo pacto evidentemente trata con pecadores, porque no habla de recompensa al mérito, sino que, promete sin condiciones: «Seré misericor-

«Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros» (Romanos 5:8).

dioso en cuanto a sus injusticias y jamás me acordaré de sus pecados».

Moisés viene para mostrarnos cómo se debe comportar el hombre santo, pero Jesús viene para revelar cómo puede ser limpiado el impuro.

Siempre que oímos acerca de la misión de Cristo, es descrita como una misión de misericordia y gracia. En la redención que es en Cristo Jesús, es la misericordia de Dios la que siempre es exaltada.

Pero, hermanos, la misericordia implica pecado: no se puede reservar ninguna misericordia para los justos, porque es la justicia misma quien les otorga todo lo bueno. Asimismo la gracia sólo puede otorgarse a los pecadores. ¿Qué gracia necesitan aquellos que han guardado la ley, y merecen el bien de las manos de Jehová? Para ellos la vida eterna sería más bien una deuda, una recompensa muy bien ganada; pero si se toca el tema de la gracia, de inmediato hay que eliminar la idea de mérito y hay que introducir otro principio. Sólo se puede practicar la misericordia allí donde hay pecado, y la gracia no se puede otorgar sino a quienes no tienen ningún mérito.

El evangelio lanza sus invitaciones; pero estas invitaciones están dirigidas a quienes están cargados con el peso del pecado, y están fatigados tratando de escapar de sus consecuencias. Llama a aquellos que están necesitados, sedientos, pobres y desnudos y todas estas condiciones son figuras de estados equivalentes producidos por el pecado.

Los propios dones del evangelio implican pecado; la vida es para los

mueertos, la vista es para los ciegos, la libertad es para los cautivos, la limpieza es para los sucios, el perdón es para los pecadores.

Las descripciones que hace el evangelio de sí mismo usualmente apuntan hacia el pecador. El gran rey que hace una fiesta y no encuentra a ningún invitado que se siente a la mesa entre aquellos que naturalmente se esperaba que llegaran, pero que obliga a los hombres que van por los caminos y por los callejones a entrar a su fiesta. Si el evangelio se describe él mismo como una fiesta, es una gran fiesta para los ciegos, para los cojos, y para los lisiados; si se describe a sí mismo como una fuente, es una fuente abierta para limpiar el pecado y las impurezas. En todas partes, en todo lo que hace y dice y da a los hombres, el evangelio se manifiesta como el amigo del pecador.

El evangelio es un hospital para los enfermos, nadie sino el culpable aceptará sus beneficios; es medicina para los enfermos, los sanos y los que creen en su propia justicia nunca podrán gustar sus sorbos salvadores. El evangelio siempre ha encontrado sus más grandes trofeos entre los más grandes pecadores: alista a sus mejores soldados no solo de las filas de los culpables sino de los rangos de los más culpables. El evangelio se basa sobre el principio de quien ha tenido mucho que perdonársele, ése amará más, y así su Señor misericordioso se deleita buscando a los más culpables y manifestándose a ellos con amor abundante y sobreabundante, diciendo:

«He borrado como niebla tus rebeliones, y como nube tus pecados». Hay otra reflexión que está muy cerca de la superficie, es decir, que si el evangelio no mira hacia los pecadores, ¿a quién más podría mirar?

Sepan, oh hombres, que no vive en la faz de la tierra un hombre a quien Dios pueda mirar con placer si considerara a ese hombre a la luz de Su ley. Ningún corazón por naturaleza es sano o justo ante Dios, ninguna vida es pura o limpia cuando el Señor viene para examinarla con sus ojos que todo lo ven. Estamos encerrados en la misma prisión con todos los culpables; si no somos igualmente culpables, sí somos culpables en la medida de nuestra luz y de nuestro conocimiento, y cada uno es condenado justamente, porque nos hemos descarriado en nuestro corazón y no hemos amado al Señor. ¿A quién, entonces, podría mirar el evangelio si no dirigiera sus ojos hacia el pecador?

II. En segundo lugar, si hubiera algo bueno en nosotros sería puesto por la gracia de Dios, y ciertamente no estaba ahí cuando, en el principio, las entrañas del amor de Dios comenzaron a moverse hacia nosotros. Si toman la primera señal distintiva de salvación que fue realmente visible en la tierra, es decir, la venida de Cristo, se nos dice que: «Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». Este fue el fruto del gran amor del Padre «que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados».

Cuando tu corazón era duro, cuando no te querías arrepentir ni someterte a Dios sino que te rebelabas más y más, él te amó con afecto supremo. ¿Por qué una gracia tal? ¿Por qué habría de ser, sino es porque su naturaleza está llena de bondad y él se deleita en la misericordia?

Miren aún más detalladamente. ¿Qué vino a hacer nuestro Señor al mundo? Aquí está la respuesta. Él vino para ser quien cargara con el pecado: ¿y creen ustedes que vino para cargar sólo con los pecados pequeños, los pecados sin importancia del mejor tipo de hombres, si existen tales pecados? ¿Suponen que es un pequeño Salvador, que vino para salvarnos de las pequeñas ofensas?

Si no hay pecado, entonces la cruz es una equivocación, entonces el *lama sabactani* fue sólo una queja contra una crueldad innecesaria. La existencia de un gran pecado está implícita en la venida de Cristo, y esa venida fue hecha necesaria por el pecado, contra el cual Jesús viene como nuestro libertador.

Hermanos, todos los dones que Jesucristo vino a dar, o la mayor parte de ellos, implican que hay pecado. ¿Cuál es su primer don sino el perdón? ¿Cómo puede perdonar a un hombre que no ha transgredido? Hablo con toda reverencia, no puede haber una cosa tal como perdón donde no hay ofensa cometida.

Nuestro Señor Jesucristo vino ceñido también con poder divino. «El Espíritu del Señor está sobre mí». ¿Con qué fin fue cubierto con poder divino a menos que el pecado hubiera tomado todo el poder y la fuerza

del hombre, y que el hombre estuviera en una condición de la cual no podía ser levantado excepto por la energía del Espíritu eterno? ¿Y qué implica esto sino que la misión de Cristo se dirige a aquellos que a través del pecado están sin fuerza y sin mérito ante Dios?

El Espíritu Santo es dado porque el espíritu del hombre ha fallado: porque el pecado ha quitado la vida al hombre, y lo ha dejado muerto en transgresiones y pecados. Por tanto viene el Espíritu Santo para reanimarlo dándole una nueva vida, y ese Espíritu viene por Jesucristo. Por consiguiente la misión de Jesucristo es claramente para el culpable.

Vuélvanse a contemplar el llamado eficaz, y vean cuán delicioso es verlo como una llamada que vivifica a los muertos, y llama a las cosas que no existen como si existieran, como una llamada a los condenados para darles perdón y favor.

Vuélvanse a continuación hacia la adopción. ¿Cuál es la gloria de la adopción, sino que Dios ha adoptado a aquellos que eran extraños y rebeldes para hacerlos sus hijos?

III. Ahora, **en tercer lugar**, es evidente que es nuestra sabiduría aceptar la situación. Sé que para muchos

esta es una doctrina de amargo sabor. Bien amigo, es mejor que cambies tu paladar, porque nunca serás capaz de alterar esa doctrina.

Hay quienes objetan: «No admiro este sistema. ¿Voy a ser salvo de la misma manera que un ladrón moribundo?». Precisamente así es, a menos que sucediera que te sea dada mayor gracia a ti que a él.

Oh, hijos de padres piadosos, ustedes jóvenes de excelente moral y conciencias delicadas, a ustedes les hablo. Alégrense de sus privilegios, pero no se jacten de ellos, porque ustedes también han pecado, han pecado contra la luz y el conocimiento, ustedes lo saben. Si no han caído en los pecados más terribles, sin embargo en el deseo y en la imaginación ya se han extraviado lo suficiente, y en muchas cosas han ofendido terriblemente a Dios. Si, con estas consideraciones ante ustedes, toman su lugar como pecadores no serán deshonorados, sino que simplemente estarán en donde deben estar.

Ahora pues, pobre alma, siéntate ante el Señor y di: «Señor, ¿vino tu Hijo a salvar a los culpables? Yo lo soy y confío en él para que me salve. ¿Murió él por los impíos? Yo soy uno, Señor, confío en que su sangre me

**Moisés viene para mostrarnos cómo se debe comportar
el hombre santo, pero Jesús viene para revelar cómo
puede ser limpiado el impuro.**

limpie. ¿Su muerte fue por los pecadores? Señor, asumo esa posición. Me confieso culpable. Acepto la sentencia de tu ley como justa, pero sálvame, Señor, pues Jesús murió».

IV. Ahora, **concluyendo**, esta doctrina tiene una gran influencia santificadora. «Eso», dice alguien, «no lo puedo creer. Seguramente has estado otorgando un valor al pecado al decir que Cristo vino a salvar solo a los pecadores, y no llama al arrepentimiento sino a los pecadores».

La opinión que la gracia inmerecida se opone a la moralidad, no tiene ningún fundamento. Ellos sueñan que la doctrina de la justificación por la fe conducirá al pecado, pero se puede demostrar por la historia que, cada vez que esta doctrina ha sido fielmente predicada, los hombres han sido más santos, y cada vez que esta verdad ha sido oscurecida, ha abundado todo tipo de corrupción.

Veamos el poder santificante de este evangelio. Su primera operación en esa dirección es ésta: cuando el Espíritu Santo hace penetrar la verdad del perdón inmerecido en un hombre, éste cambia completamente sus pensamientos en lo que concierne a Dios. «¿Qué?», dice él, «¿me ha perdonado gratuitamente Dios de todas mis ofensas por causa de Cristo? ¿Y me ama a pesar de todo mi pecado? ¡Yo no sabía que él fuera así, tan bueno y lleno de gracia! Pensé que él era duro; pero, ¿así siente él por mí?». «Entonces», dice el alma, «entonces yo lo amo por eso». Hay un cambio radical de sentimientos en el hombre, un giro completo, cuando

él entiende la gracia redentora y el amor hasta la muerte. Al contemplar la gracia se produce la conversión.

Le hablaste al pecador acerca de hacer el bien, de lo justo, de la justicia, de la recompensa y del castigo, y él oyó todo eso que pudo haber tenido una cierta influencia sobre él, pero no lo sintió profundamente.

Una enseñanza así es demasiado fría para encender el corazón. Pero la verdad que llega al corazón del hombre sí le parece nueva y excitante. «Dios por su pura misericordia, perdona al culpable, y él te ha perdonado a ti». Entonces, esto lo despierta y mueve todo su ser. Posiblemente, cuando oye el evangelio por primera vez, no le preocupa y hasta lo odia, pero cuando le llega con poder, cuando recibe su mensaje como realmente dirigido a él, entonces una cálida emoción, un amor tierno, un humilde deseo y un sagrado anhelo por el Señor se agitan en su seno.

Además, cuando esta verdad entra en el corazón, ella golpea duramente la arrogancia del hombre, para quitarle la confianza en su propia bondad, y hace que él sienta su culpa; y al hacer eso arranca el gran mal del orgullo.

Además, cuando se recibe esta verdad es seguro que brota en el alma un sentimiento de gratitud. El hombre a quien se le ha perdonado mucho con toda seguridad amará mucho a cambio. La gratitud hacia Dios es el resorte que mueve a la acción santa.

El hombre que hace lo justo no por el cielo o por el infierno, sino por-

que Dios lo ha salvado, y ama a Dios que lo salvó, es verdaderamente el hombre que ama lo justo. El que ama lo justo porque Dios lo ama, se ha levantado del pantano del egoísmo, y tiene en él una fuente viva que fluirá y se desbordará en una vida santa.

¿Alguna vez vibraste ante un discurso frío sobre la excelencia de la moralidad, sobre las recompensas de la virtud o sobre los castigos de la ley? De ninguna manera; pero prediquen la doctrina de la gracia, exalten el favor soberano de Dios, y observen las consecuencias.

A veces, la predicación ha sido mal presentada, con un lenguaje sin educación, y sin embargo esta doctrina siempre ha movido a la gente. Hay algo en el alma del hombre que busca al evangelio de la gracia, y cuando viene, hay hambre para oírlo.

Hay una dulzura acerca de la misericordia divina, graciosamente dada, que captura el corazón del hombre. Si hay cristianos serios, lle-

nos de amor a Dios y al hombre, son aquellos que saben lo que la gracia ha hecho por ellos. Quienes permanecen fieles ante el reproche y llenos de gozo ante las penalidades son aquellos que están conscientes de su deuda hacia el amor divino. Si hay quienes se deleitan en Dios mientras viven, y descansan en él cuando mueren, son los hombres que saben que son justificados por la fe en Jesucristo que justifica al impío.

El Señor nos permite conocer el poder del evangelio sobre nuestro yo pecador. El Señor nos hace querer el nombre, la obra, y la persona del Amigo del pecador. Ojalá que nunca olvidemos el pozo del que fuimos sacados, ni la mano que nos rescató, ni la inmerecida bondad que movió a esa mano.

Gloria a ti, oh Señor Jesús, siempre lleno de compasión. Amén.

Resumen de un sermón predicado en marzo de 1877, en Newington, Inglaterra.
<http://www.spurgeongems.org>



Hay un tierno recogimiento en saber que hay Alguien a tu lado guiándote en cada paso, restringiendo aquí, conduciendo allá. Él conoce el camino mejor que el hábil guía de los Alpes suizos conoce la senda montañosa. Él tiene la amorosa preocupación de que todo vaya bien contigo.

Quando tú llegas a una encrucijada de tres caminos distintos, hay una paz en tan sólo quedarse quieto mientras sacas tu mano y dices: "Jesús, maestro, guíame aquí!"

Y, luego, oír una Voz tan suave que sólo se oye en gran quietud, más suave que el tenue aliento en tu mejilla, o el más leve toque en tu brazo, indican el camino con paz indescriptible.

Si tal vez el camino elegido, a continuación, conduce a las multitudes y a los elogios de los hombres, tú sabrás que fue Su guía la que te llevó hasta allí, no tu propia sabiduría o talento. Él tendrá algún gran propósito para estas multitudes y quizás algún propósito a través de estas multitudes, aún más allá.

También deberás ser muy cuidadoso de no defraudar o frustrar Sus planes. Y ten cuidado de que el polvo que la multitud está levantando no disminuya tu visión de Su rostro. (S.D. Gordon).



El ejercicio de la piedad

Stephen Kaung

«Ejercítate para la piedad, porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera. Palabra fiel es esta, y digna de ser recibida por todos. Que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen» (1ª Tim. 4:8-10).

Queridos hermanos y hermanas, quisiera compartir con ustedes algo que está en mi corazón en estos días. Mientras recorro entre el pueblo de Dios, siento que hay un incremento en el conocimiento espiritual; pero, lamentablemente, descubro que la vida espiritual del pueblo de Dios no ha crecido en la misma proporción. Por esta razón, he estado meditando en el Señor. Me gustaría saber cuál es la razón de ese sínto-

ma, y me parece que el Señor me guió a los versículos que acabamos de leer. En ellos, descubrimos lo que se llama «ejercicio espiritual».

El ejercicio corporal

Todos sabemos lo que es el ejercicio. En los últimos años, la gente ha tomado mayor conciencia de su salud física, y por donde viajo veo que todos practican el ejercicio corporal. Aun en los hoteles encontramos salas para ejercicios. Gracias a

Por obra del Espíritu Santo, nuestro espíritu fue despertado; por tanto ahora puede cumplir sus principales funciones: conciencia, intuición y comunión.

Dios, las personas están conscientes de su cuerpo físico.

En los Estados Unidos, los jóvenes están mucho tiempo ante el computador, y por estar sentados durante horas frente a la pantalla, su salud se deteriora. Entonces, ellos están empezando a entender la importancia del ejercicio físico. Y creo que eso es algo bueno.

Sin embargo, el apóstol Pablo dice: «*El ejercicio corporal para poco es provechoso*». Es beneficioso, pero es beneficioso para poco. ¿Por qué? Primero, porque solo favorece al cuerpo físico, y en segundo lugar, no importa cuánto tiempo eso te aproveche, será algo limitado.

Ejercitándose para la piedad

De cierta manera, Dios quiere que ejercitemos nuestro cuerpo; pero, para nosotros los cristianos, hay algo mucho mejor que el ejercicio físico. Pablo lo llama «ejercicio para la piedad» (en inglés, *godliness*). Otras versiones de las Escrituras dicen «ejercicio para la piedad» (en inglés, *piety*).¹ Creo que la palabra más apropiada sería piedad (*godliness*).

Para explicar la diferencia, permítanme usar una ilustración. Cierta vez, en Filipinas, fui a una ciudad llamada Baguio y visité un

templo católico. Cuando entré allí, vi unas figuras de blanco arrodilladas ante el altar. Eran varias mujeres. Al acercarme un poco más, vi que eran monjas, delante del altar, inmóviles. Lo primero que pensé fue: «¡Qué piadoso es esto!». Pero, luego, el Señor me habló, diciendo: «Esto puede parecer piadoso exteriormente, pero interiormente puede ser distinto».

Esa es la diferencia entre estas dos palabras. La palabra *piety* da la idea de una apariencia exterior, pero la otra, *godliness*, se refiere a una realidad interior, porque *godliness*, en inglés, significa «*semejanza con Dios*», o sea, tener el carácter de Dios, estar conformado a la imagen de Cristo. Y eso se refiere a nuestro hombre interior.

Hermanos y hermanas, hay un ejercicio básico que los cristianos tenemos que practicar, y este es el llamado «ejercicio para la piedad» (1ª Tim. 4:7). Y, ¿por qué eso es tan importante? Porque el beneficio es muy grande. El provecho que esto tiene no es solo para hoy, sino aun para la eternidad. Pablo nos dice que la piedad «*tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera*» (1ª Tim. 4:8). La palabra *vida* aquí no es la vida humana; en el griego, es *zoe*, la vida de Dios.

Entonces, hay un tipo de ejercicio que los cristianos tenemos que practicar, y al hacerlo, creceremos en la vida espiritual, y esto no solo

¹ En las versiones de la Biblia en inglés, hay dos expresiones equivalentes al español *piedad*: «*godliness*» (King James Version) y «*piety*» (Darby Translation). En español, solo tenemos una única palabra, «*piedad*». (Nota del Editor).

nos aprovecha hoy, sino también en los días venideros. Entonces, así como vemos personas ejercitando sus cuerpos, Dios espera que su pueblo ejercite su espíritu.

El Espíritu Santo y nuestro espíritu humano

Cuando creímos en el Señor Jesús, nuestro espíritu humano, que estaba muerto a causa del pecado, fue renovado por el Espíritu Santo. Dios es espíritu, y por esa causa, cuando creó al hombre, lo creó a Su imagen, y puso en él un espíritu humano.

Mira las grandes montañas; ellas tienen un cuerpo enorme pero no tienen alma. En cambio, un perro o un gato, aunque son pequeños, sí tienen alma, pues tienen entendimiento y sentimientos; son mucho más que una montaña. Pero a nosotros, los seres humanos, Dios nos creó a su imagen y semejanza – nos creó con un espíritu.

Los ángeles son espíritus; ellos no tienen cuerpo. Pero nosotros fuimos creados no solo con un cuerpo, sino también con un alma. Somos almas vivientes, tenemos sentimientos, pensamientos, y podemos ejercer nuestra voluntad. Pero más que eso, tenemos también un espíritu. Y porque fuimos creados con un espíritu, podemos comunicarnos con Dios, porque Dios es Espíritu, y solo el espíritu puede comunicarse con el Espíritu.

Por desgracia, a causa del pecado, la comunión se perdió. Dios dijo a Adán: «*Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás*» (Gn. 2:17). Sin embargo, Adán desobedeció, y comió. Pero, ¿él murió ese día? No. Vemos que él vivió cientos de años, y la vida de ninguno de nosotros se compararía con los años que él vivió. Y no solo eso; él tuvo hijos e hijas.

En otras palabras, no solo su cuerpo no murió, sino que su alma tampoco murió. Pero, ¿es verdadera la palabra de Dios? Sí. Entonces, ¿qué es lo que murió? Su espíritu. Adán perdió su conexión con Dios, su espíritu estaba muerto y ya no pudo comunicarse con Dios. Entonces fue expulsado del jardín de Edén. Nosotros nacimos con un cuerpo y un alma vivientes, pero con un espíritu muerto. El espíritu, como órgano, aún está ahí, pero su función propia se ha perdido.

Cuando el primer cosmonauta ruso fue al espacio, regresó declarando: «No hay Dios; porque miré a mi alrededor y no pude encontrar a Dios en ninguna parte». Pero eso no tiene sentido, porque él estaba intentando usar su cuerpo para contactar a Dios que es espíritu, lo cual es imposible.

Queridos hermanos, gracias a Dios cuando somos salvos no solo nuestros pecados son perdonados. Ese es el lado negativo. Pero, en lo

positivo, Dios ha hecho algo mucho mayor en nuestras vidas. ¡Él ha renovado nuestro espíritu! En Ezequiel descubrimos que Dios nos ha dado un nuevo espíritu; este es nuestro espíritu humano que ha sido renovado. Esta es la razón por la cual en Romanos capítulo 8, vemos que el Espíritu Santo testimonia a nuestro espíritu que somos hijos de Dios y nosotros clamamos: «Abba Padre».

Cuando fuiste salvo, algo ocurrió en tu vida. Tal vez creciste en una familia cristiana, conocías la Biblia y aun orabas. Pero el día en que realmente fuiste salvo, de inmediato, descubriste que tú y Dios estaban conectados. Y ahora, cuando oras: «Abba Padre», hay un relacionamiento. No es como antes, no es solo algo en tu mente; ahora tienes contacto con Dios.

La obra del Espíritu Santo en nuestro espíritu

Cuando fuimos salvos, Dios nos dio un nuevo espíritu; el Espíritu Santo vino a morar en nuestro espíritu, y está allí para asegurar que la vida de Cristo crezca en nosotros. ¡Gracias a Dios! En 2ª Pedro leemos que Dios, en su divino poder, dispuso todo lo necesario para la vida y la piedad. En otras palabras, en su misericordia y su gracia, cuando él nos salvó, cuando él nos dio vida, su propia vida, él también hizo provisión para la piedad.

Así, esta vida crecerá en nosotros, para que seamos hechos semejantes a Dios, para que la vida de Cristo crezca en nosotros hasta ser conformados a su imagen. Esta es la voluntad de Dios.

Sin embargo, ¿cómo podemos de verdad crecer espiritualmente? Nosotros sabemos cómo crecer físicamente, sabemos cómo ejercitar el cuerpo. También sabemos cómo ejercitar nuestra alma: vamos a la escuela, recibimos información de nuestros profesores, la almacenamos en la mente y somos personas que saben. Así crece nuestra alma. Ya no somos ignorantes, podemos leer, pensar, emitir opiniones, podemos tener nuestros propios sentimientos, así como dijo un gran filósofo: «Pienso, luego existo».

Hermanos y hermanas, nosotros como cristianos tenemos algo mucho mejor. Nuestro espíritu necesita crecer, y este es el significado de la vida espiritual. Ella no se refiere simplemente a tu cuerpo ni al crecimiento de tu alma, sino al crecimiento en tu espíritu, es decir, que la vida de Cristo empiece a crecer en ti. Gracias a Dios, él ha provisto todo para ese crecimiento; pero, por otro lado, él requiere que nosotros cooperemos con él. ¿Y cuál es nuestra cooperación? Que ejercitemos nuestro espíritu.

Pregunto: Después de que fuiste salvo, ¿comprobaste si el Espíritu Santo está operando en tu espí-

ritu? ¿Percibiste que algo no exterior está ocurriendo? No es una cosa mental, sino que, en lo más profundo de tu ser, tu espíritu está creciendo.

Hermanos, nosotros sabemos cómo ejercitar el cuerpo físico y cómo ejercitar nuestra alma. Pero, ¿sabemos realmente cómo ejercitar nuestro espíritu? No vemos al espíritu, porque no es materia, pero eso no quiere decir que no sea real. De hecho, el espíritu es más real que tu cuerpo.

Desde que Dios nos dio este nuevo espíritu, él ha hecho de Cristo nuestra vida, y puso su propio Espíritu en nosotros. ¿Cuál es la obra de aquel que mora en nosotros? Asegurarse de que la vida de Cristo crezca. Él obrará en nuestro espíritu, y aunque no podamos verlo, podemos percibirlo a través de sus funciones.

Por ejemplo, todos conocen la electricidad. Pero, ¿la has visto? No. Sin embargo, aunque no la veas, sabes que ella es real. ¿Cómo lo sabes? Por su poder. La electricidad tiene poder. Por la luz, sabemos que hay electricidad; en otras palabras, sabemos que existe la electricidad por la función. De la misma forma, conocemos nuestro espíritu por sus funciones.

Cuando lees la palabra de Dios, descubres que las principales funciones de nuestro espíritu son tres: conciencia, intuición y comunión.

Es decir, el Espíritu Santo va a operar en nuestro espíritu de tres maneras: él va a hablar a nuestra conciencia, va a revelar la mente de Dios a nuestra intuición y nos va a llevar a una comunicación con Dios. Es por medio de estas tres funciones que tu estatura espiritual será acrecentada.

Ejercitando nuestra conciencia

¿Cómo podemos ejercitar nuestra conciencia? Recuerden lo que Pablo que dice en 1ª Timoteo capítulo 1: ¿Cómo podemos pelear la buena batalla de la fe? Él dice: «...manteniendo la fe y buena conciencia». Así podemos militar la buena milicia, «manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos» (v. 19).

En el mundo, la gente dice con frecuencia: «Yo hago todo de acuerdo a mi conciencia». Hasta un ladrón puede decir eso. ¡Cuán poco digna de confianza es la conciencia humana!

Cuando decimos que nuestro espíritu estaba muerto, no quiere decir que el espíritu no esté allí como un órgano; simplemente quiere decir que perdió la función que le es propia. La definición científica de muerte es el cese de comunicación con el medio ambiente. Cuando el cuerpo ha muerto, ha perdido la comunicación con su entorno.

Porque fuimos creados con un espíritu, podemos comunicarnos con Dios, porque Dios es Espíritu, y solo el espíritu puede comunicarse con el Espíritu.

El mundo es el lugar donde se desarrollan las circunstancias de nuestra vida, pero cuando una persona muere físicamente, esa comunicación se pierde, porque no puede ver más, no puede oír más, no puede gustar más. La comunicación con su entorno terminó. Esa es la muerte del cuerpo.

Ahora, ¿qué es la muerte del alma? La muerte del alma ocurre cuando ella ya no tiene sentimientos, ya no puede pensar o perdió su voluntad. Entonces el alma murió. Y, ¿qué es la muerte del espíritu? Es cuando no puedes comunicarte con Dios. Pero, aun en un incrédulo, su espíritu está allí como un órgano. ¿Cómo lo sabemos? Porque en este mundo hay gente que se comunica con espíritus malignos, pero no puede comunicarse con Dios. El órgano aún está ahí, pero la función propia se terminó, perdió su estándar original.

Cuando los caníbales se comen a otras personas, ellos se sienten bien, y su conciencia no les molesta, porque, en el mundo, la conciencia humana es gobernada por la costumbre o el hábito, y no por

Dios. Al perder su comunicación con Dios, ella es gobernada por la costumbre y el hábito. Es algo en lo cual no se puede confiar.

La conciencia en los creyentes

Pero, queridos hermanos y hermanas, después que somos salvos, nuestra conciencia vuelve a su comunicación propia. Dios es el estándar apropiado para nuestra conciencia. Por esa razón, a veces oímos decir: «Nuestra conciencia es la voz de Dios».

A menudo, cuando hablas acerca de Dios y dices: «Dios me habló», algunos jóvenes dicen: «A mí, Dios nunca me ha hablado. ¿Qué significa eso?».

Hermano, Dios ya te ha hablado; te está hablando a diario, pero tú no estás consciente de eso. Tú haces ciertas cosas, tienes ciertos hábitos. Tal vez estás yendo a ciertos lugares; pero, después que eres salvo, descubres que hay algo diferente. Cuando intentas ir de nuevo a lugares que frecuentabas antes, algo te detiene, algo te frena. ¿Ya sentiste eso? Eso es el Espíritu Santo que está trabajando en tu

conciencia, y tu conciencia empieza a sentir que eso no es correcto.

Voy a contar una historia. Conocí a un electricista que se convirtió. Él vivía en una montaña. En invierno, allí hacía mucho frío, y él tenía el hábito de beber vino. En China, las personas beben el vino de manera diferente. Suelen hacerlo durante las comidas y previamente lo calientan. Pero, cuando ese hombre bebía vino, se emborrachaba.

Un día, después que él se convirtió, su esposa calentó el vino, y antes que se sentaran a comer, él dijo: «Oremos primero». Y mientras oraban, súbitamente él se detuvo, miró a su esposa y le preguntó: «¿Un cristiano puede beber vino?». Ella respondió: «No lo sé». Él replicó: «Entonces, trae el Libro». El hermano Nee había estado con ellos y les había dejado una Biblia.

Aquel hermano era poco instruido y su esposa era totalmente iletrada. Ella le trajo el libro y empezaron a buscar. Gracias a Dios, no encontraron nada, porque hay un solo versículo en toda la Biblia que te dice: «Bebe un poco de vino...». ¿Recuerdan ese versículo? Pablo dice a Timoteo: «*Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades*» (1^a Tim. 5:23). Y, felizmente, no encontraron ese versículo.

Entonces su esposa dijo: «El vino se está enfriando. Bébelo ahora, y la próxima vez que venga el señor Nee le preguntamos». Eso parecía razonable. Comenzaron a orar de nuevo, y él volvió a detenerse, para preguntar: «¿Puede beber un cristiano?». Ella dijo: «No sé». Volvieron a orar por tercera vez, y él se detuvo de nuevo y le dijo a su esposa: «Llévate el vino».

Meses más tarde, él viajó a Shanghai, se encontró con el hermano Nee y le preguntó: «¿Un cristiano puede beber?». Recuerden, siempre que él bebía se embriagaba. El hermano Nee le contestó: «¿Por qué me preguntas eso?». Y él le dijo: «Porque cuando yo traté de beber vino, mi Jefe de adentro no me lo permitió». Él no sabía el nombre del Espíritu Santo, pero el Espíritu Santo era algo real para él. El Espíritu le estaba hablando, lo estaba frenando.

Hermanos y hermanas, todos nosotros tenemos ese Jefe interior. ¿Tu Jefe te está hablando? Yo creo que él debe estar hablando, pero es probable que no lo escuches. Y después que rehúsas oírlo algunas veces, la voz se va haciendo más y más débil, hasta que ya no la oyes más. Queridos hermanos y hermanas, tenemos el Espíritu Santo en nosotros. Desde el primer día en que fuiste salvo, él quiere ayudarte a crecer en Cristo. Y ante cualquier cosa que a él no le agrade, él

va a tocar tu conciencia. Y cuando tu conciencia es tocada, esa es la voz de Dios.

Una buena conciencia

El apóstol Pablo, después de ser salvo, mantuvo buena conciencia. Y cuando fue llevado ante el concilio para ser juzgado, en Hechos 23:1, él dijo: «*Yo con toda buena conciencia he vivido delante de Dios hasta el día de hoy*». Después en el capítulo 24, cuando está testificando delante del gobernador, dice: «...*procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres*». Pablo siempre mantenía una buena conciencia delante de Dios; así caminaba delante de Dios y de los hombres, con una conciencia sin ofensa.

Nuestra conciencia puede acusarnos o defendernos. Si tú estás haciendo la voluntad de Dios tu conciencia te va a excusar, pero si estás caminando en oposición a Su voluntad, tu conciencia te acusará. Entonces, para crecer espiritualmente, para que crezca nuestra vida en Cristo, los cristianos debemos mantener una buena conciencia.

Dios está hablando en nuestra conciencia, y cuando más actuamos de acuerdo a ella, tanto más nuestra conciencia estará en paz. Entonces, para que nuestra vida espiritual crezca, esto es algo en lo cual tenemos que ejercitarnos.

Cuando tenemos mala conciencia, eso afecta nuestra comunicación con Dios. Pero, gracias a Dios, en cada ocasión en que caemos, si lo confiesas al Señor de inmediato, te acoges a la purificación de la sangre de Jesús que, como nos dice Hebreos capítulo 10, purificó nuestros corazones de mala conciencia, para que nos acerquemos a Dios con confianza. Esta es la primera cosa que debemos ejercitar diariamente.

Ejercitando nuestra intuición espiritual

En segundo lugar, debemos ejercitar nuestra intuición. La intuición es un conocimiento directo. El conocimiento común, del cual ya hemos hablado, es el que viene a nuestra mente. Pero la intuición es un conocimiento directo, que viene a nuestro espíritu. 1ª Juan 2:27 dice. «*Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y ... la unción misma os enseña todas las cosas*». Ella no nos va a enseñar solo las cosas grandes, sino aún las cosas pequeñas.

Si atendemos a esa unción, permaneceremos en Cristo. ¿Cómo podemos permanecer en él? ¿Cómo podemos vivir en Cristo, habitar en Cristo? ¿Cómo podemos conocer al Señor?

A menudo, los jóvenes dicen: «Yo no sé cuál es la voluntad del Señor». Y lo dicen como si conocer

la voluntad de Dios fuera la cosa más difícil del mundo. Pero, querido hermano, el Señor te salvó y él proveyó todo lo necesario para que crezcas en Cristo.

Hebreos 8:11 dice: «*Ninguno enseñará a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor*». La palabra *conoce*, aquí, es el conocimiento común, es decir, como conocemos en forma normal, reuniendo información de cosas exteriores y almacenándola en nuestro banco de datos. Hebreos dice que no necesitas que alguien te diga: «*Conoce al Señor*». ¿Por qué? Porque, en los días del Antiguo Testamento, la ley estaba escrita sobre piedras. Y si tú no podías leer o comprender, necesitarías de un escriba o de un fariseo que te enseñara, y todo lo que ellos te enseñaran sería almacenado en tu mente. Es de esa forma que nosotros conocemos las cosas. Era de esa forma que las personas en el Antiguo Pacto conocían al Señor. ¿Cómo lo conocían? Por la enseñanza que recibían de los escribas y fariseos.

Pero recuerda, ese conocimiento es externo, en tu mente, y aunque puedas saber cosas sobre el Señor, es un conocimiento exterior. Tú no tienes un contacto personal con el Señor, tu cerebro se hace enorme, pero tus pies aún son pequeños. Pero, en el Nuevo Pacto, no necesitas que alguien te enseñe a conocer al Señor de esa forma.

Ahora, si nadie te enseña, ¿cómo vas a saber? Gracias al Señor, él dice: «*Porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor de ellos*».

Conocimiento interior

Hay un conocimiento del Señor que no depende de tu mente, sino de tu espíritu, y en tu espíritu tú estás siendo enseñado por el Espíritu Santo. Él no solo te enseñará las cosas grandes, sino también las cosas pequeñas.

Hermano, en las cosas pequeñas, tú dices: «No necesito orar, no necesito buscar al Señor, porque eso es algo pequeño; yo lo puedo hacer solo». Solo en las cosas grandes, recién empezamos a comprender. «Oh», dices tú, «no estoy capacitado para eso; entonces, voy a orar; tenemos que esperar en el Señor». Y así vivimos nuestra vida cristiana, pero eso es errado. Porque, para que crezcamos espiritualmente, no necesitamos solo que el Espíritu Santo nos enseñe en las cosas grandes, sino también en las cosas pequeñas.

Esta forma de conocer al Señor es diferente; es un conocimiento interior. El Espíritu Santo te dará luz y revelación, te dará sabiduría e iluminará tu intuición. Tú lo conoces interiormente, y esa es la manera real de conocer al Señor, un conocimiento experimental, no un conocimiento objetivo sino un conocimiento subjetivo, del Señor.

Nosotros nos sorprendemos cuando, a veces, encontramos hermanos de edad, que, en cuanto al conocimiento del mundo, saben muy poco, y son quizás hasta analfabetos. Pero tienes comunión con ellos, y conocen al Señor por experiencia quizás mucho más de lo que tú lo conoces. ¿Por qué? Porque ellos han sido enseñados por el Espíritu Santo.

Hermanos, tenemos que ejercitar nuestra intuición. Tenemos que abrir nuestro espíritu ante el Señor para que el Espíritu Santo nos enseñe. Esa es la única forma de crecer interiormente.

Creciendo en la comunión

Luego, en nuestro espíritu hay otra función que se llama comunión. Ustedes recuerdan, en Juan capítulo 4, cuando Jesús estaba en Samaria, él estaba sentado junto al pozo de Jacob, mientras sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar comida, y una mujer samaritana salió de la ciudad a sacar agua del pozo.

Normalmente, las mujeres iban a buscar agua temprano o al atardecer, y venían juntas. Pero esta mujer vino a sacar agua al mediodía y estaba sola, porque era una gran pecadora y quería evitar a las personas. Pero nuestro Señor estaba sentado allí, y él condescendió a hablar con ella, pidiéndole a la mujer que le diera agua.

Aquello sorprendió a la mujer, porque los judíos ni se hablaban con los samaritanos. ¿Cómo un judío le pedía agua a una samaritana? Pero el Señor le dijo: «*El que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna*» (Juan 4:14). Entonces, ella dijo: «*Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla*». Pero el Señor le dijo: «*Ve, llama a tu marido, y ven acá*».

Ella era una gran pecadora. Entonces el Señor le dijo: «*Cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido*». Cuando ella oyó eso, dijo: «*Señor, me parece que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar*». Y él le dijo: «*Mujer, créeme, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre... los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad... Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren*». Dios es Espíritu. ¿Cómo podemos adorarlo? Solo cuando nuestro espíritu se levanta y lo toca.

Creo que los cristianos debemos tener un tiempo con el Señor en la mañana. Recuerdo que, cuando recién fui salvo, yo tenía 15 años de edad y, en casa, era el primero en levantarme. Me encerraba en un cuarto y me arrodillaba ante el Señor, leía la Biblia, oraba y cantaba

solo. Era mi servicio de la mañana. Pero, después de eso, salía de allí, y si tú me preguntabas: «¿Qué leíste?», te diría: «Lo olvidé». Yo estaba haciendo cosas religiosas, pero no tenía comunión con Dios.

Ejemplo de G. Müller

¿Cómo podemos tener comunión con Dios? Recuerdo una historia sobre George Müller. Él era alemán, y se fue a Inglaterra a prepararse para ser misionero a los judíos. Pero el Señor lo levantó para abrir orfanatos en Bristol. Müller cuidaba cientos de huérfanos, solo por fe.

Cada mañana, él se acercaba a Dios, leía solo un versículo, y luego meditaba sobre él. A veces, aquel versículo lo llevaba a la alabanza, otras, al arrepentimiento. Y después de leerlo varias veces, él se postraba delante del Señor, y según lo que había leído, él se comunicaba con el Señor. Fue así como creció su vida espiritual. Cuando supe eso, intenté hacer lo mismo y, gracias a Dios, fue una gran ayuda para mi propia vida espiritual.

Cuando nos acercamos a Dios, a menudo estamos muy apurados. Nos levantamos rápido para correr al trabajo, tenemos cinco minutos, y en ese tiempo tratamos de leer la Biblia y orar. Todo pasa tan aprisa que nos levantamos y nos olvidamos de todo. Eso no es comunión.

Nosotros no ejercitamos nuestro espíritu.

Müller, después de leer por la mañana, cuando tenía un momento libre durante el día, meditaba de nuevo sobre aquel versículo. Y fue así como él creció espiritualmente.

Mucho de aquello que hacemos no es la forma en que la verdad nos enseña. Cuando recién fui salvo, me enseñaron a guardar el domingo. No se podía encender fuego, ni hacer ningún trabajo. Ese día yo no podía estudiar, y aun tenía miedo de hacerlo, aunque tuviese una prueba el lunes. Eso es guardar la ley. Gracias a Dios, nosotros adoramos en espíritu y en verdad. Y cuando tú estás cerca del Señor, entonces empiezas a conocerlo mejor.

En la casa de mi padre había una señora norteamericana, ya de edad, que vivía con nosotros. Ella había venido de Virginia como misionera a China, y creó una escuela en Shanghai. Mi abuelo mandó a mi padre a esa escuela, para que aprendiera inglés y pudiera ayudarle a él en su trabajo de construcción. Él construyó algunas escuelas americanas en China, pero él mismo era analfabeto. Ni siquiera sabía escribir su nombre, y aun así, podía hablar algo de inglés.

El abuelo quería que mi padre estudiara inglés. Pero, gracias a Dios, en esa escuela, mi padre fue salvo. Cuando eso ocurrió, mi

abuelo se sintió avergonzado, porque nadie entonces creía en el cristianismo, excepto los llamados ‘cristianos de arroz’, aquellos que se acercaban a los misioneros solo para obtener comida.

Los cristianos eran despreciados en China; entonces mi abuelo quiso mantener a mi padre lejos de todo contacto extranjero. Pero la fe de mi padre era real. Entonces mi abuelo dijo: «¿Qué voy hacer?», y en vez de enviarlo de vuelta a esa escuela, lo mandó a aprender una profesión en otro lugar. Pero, gracias a Dios, finalmente mi padre volvió a esa escuela y él llamaba a esa señora americana «abuela».

Cercanos a Dios

La misionera amaba a China, y después que jubiló de la escuela, se vino a vivir con nosotros. La llamábamos simplemente abuela. Pero entre los siete hijos que éramos, ella parecía querer al hermano menor más que a los demás. Entonces nosotros le reclamábamos: «Tú eres parcial, porque lo amas a él más que a nosotros». Y ella decía: «No, no, no. Yo los amo a todos por igual». «No es verdad, lo amas a él más que a nosotros». Pero ella decía: «Los amo a todos de la misma manera, pero este pequeño es más cercano a mí».

Hermanos y hermanas, Dios nos ama a todos nosotros por igual; pero, de la misma forma, cualquiera que esté más cercano a él parecerá que Dios lo ama más.

¡Cómo necesitamos estar cerca de Dios! ¡Cómo necesitamos tener comunión con él! Tenemos que volver nuestro corazón a él de tiempo en tiempo, y realmente vivir en su presencia. «*En tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre*» (Sal. 16:11). Entonces, queridos hermanos y hermanas, vamos a ejercitar nuestro espíritu en nuestra vida diaria. Si estamos cerca de Dios, él estará cerca de nosotros, y entonces él podrá transformarnos a su propia imagen.

Oremos: Amado Señor, te bendecimos y te alabamos, porque tu buena voluntad no es solo salvarnos, sino salvarnos completamente. Oh, Señor, te agradecemos. Tú deseas que seamos transformados y conformados a tu propia imagen, y lo has provisto todo para que seamos piadosos. Señor, enséñanos a ejercitar nuestro espíritu, para que crezcamos en la piedad, para que tu voluntad sea hecha en nosotros, así como es hecha en los cielos. Te damos toda la gloria. En tu precioso nombre. Amén.

Resumen de un mensaje oral impartido en Temuco (Chile), en Septiembre de 2012.



Hemos sido puestos aquí para mostrar a Cristo; si no estamos haciendo esto, no somos de ninguna utilidad para el mundo. (Edward Dennett).

«Asirnos a la Cabeza» no es un asunto automático. Aun después de haber conocido el misterio de Dios, podríamos distraernos de ella, ignorarla, y de esta forma no glorificar nuestra Cabeza.

TEMA DE PORTADA



Glorificando a la Cabeza

Romeu Bornelli

«Nadie os prive de vuestro premio, afectando humildad y culto a los ángeles, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y no asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios» (Col. 2:18-19).

Un sentido de la expresión «asiéndose de la Cabeza» es «glorificando a la Cabeza». El versículo 19 pone este asunto en la forma negativa – «no asiéndose», o no glorificando a la Cabeza. Otro sentido importante es «ignorando la Cabeza».

Nosotros, como iglesia, cuerpo de Cristo, podemos ignorar, podemos no glorificar, podemos distraernos de la Cabeza. Al final del versículo 19 hay un detalle importante, dice que: el cuerpo, *«nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios».*

Una traducción mejor de esta frase nos ayudará a su mayor comprensión. Su sentido exacto es: «El cuerpo crece por las coyunturas y ligamentos con el crecimiento de Dios». ¿Observan este detalle? El cuerpo de Cristo crece no solo con el crecimiento que procede de Dios, sino más aún, con el crecimiento *de* Dios. Ahora, claro, Dios no crece. Entonces, la idea es el «aumento de Dios», el crecimiento de Dios en el cuerpo.

¡Qué preciosa es esta frase! Esto significa que nosotros podemos tener aumento de muchas cosas en el cuerpo de Cristo: aumento de

actividades, aumento de programaciones, aumento incluso en el estudio de la Palabra, aumento en la evangelización, aumento de predicaciones, sin el aumento de Dios.

La lucha de Pablo

El aumento de Dios es algo muy específico. Entonces, cuando Pablo miraba a esa asamblea en Colosas, había mucha preocupación y carga en su corazón, pues, en el capítulo 2, él comienza diciendo: *«Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro; para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo»* (v. 1-2).

Las aflicciones de Cristo en Pablo, se traducían en oración para que ellos pudiesen comprender plenamente el misterio de Dios, Cristo (Col. 2:2). Cristo es el misterio de Dios y la iglesia es el misterio de Cristo. Cristo y la iglesia, juntos, son «el misterio». Y es por ello que Pablo oraba, a fin de que los santos comprendiesen plenamente este asunto.

Con la ayuda del Espíritu Santo, nuestra carga hoy es poder entender el significado de glorificar a la Cabeza. Por la gracia y la fidelidad del Señor, hemos oído mu-

cho con respecto al misterio de Dios y al misterio de Cristo. Este importante asunto es esencial, primordial para nuestra fe. Pero necesitamos recibir ayuda adicional. Si hemos recibido revelación del Señor acerca de este gran misterio, entonces hay una demanda del Señor para nosotros, que está muy bien explicada en estos versículos.

Ya hemos conocido el misterio de Cristo y el misterio de Dios. Y ahora, ¿cuál es el próximo paso? Asirnos de la Cabeza, retener la Cabeza. Porque aun después de haber conocido el misterio de Dios, podríamos distraernos de la Cabeza y no glorificar a la Cabeza, ignorándola.

Glorificar a la Cabeza no es un asunto automático. No es porque somos cristianos, porque somos iglesia del Señor, ni aun porque el Señor nos haya confiado esta revelación. No necesariamente por eso nosotros glorificaremos a la Cabeza, porque hay muchas cosas que batallan contra eso, y vamos a ver algunas de ellas.

Tres enemigos

Vamos al capítulo 2 versículo 4: *«Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas»*. Aquí tenemos un primer enemigo muy actual del pueblo de Dios, un enemigo de dos mil años, desde que la iglesia existe. Palabras persuasivas o razonamientos falsos. La fra-

se literal, en el original, es «argumentos atractivos», que tienen apariencia de verdad, pero sin el contenido de la verdad.

Esta es el arma maestra del diablo. Escribiendo a los corintios, Pablo dice al respecto de ello, que Satanás mismo se transforma en un ángel de luz, para engañar a los incautos. Entonces, esta carta de Pablo a los colosenses, por la gracia del Señor, nos da mucha luz sobre esos enemigos espirituales, para que entonces podamos glorificar a la Cabeza. Y, ¿cuál será el resultado práctico de esto en medio de nosotros? Creceremos con el aumento de Dios. Que el Señor nos ayude a ver esto con claridad.

Al continuar leyendo, en el versículo 8, Pablo menciona otros enemigos más. *«Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo»*. Filosofías y huecas sutilezas. Y luego, las tradiciones de los hombres, otro enemigo persistente, al cual nuestro Señor Jesús combatió de frente.

La tradición es algo que pertenece a nuestra carne. No nos engañemos con respecto a esto; todos nosotros tenemos tradiciones. Incluso nuestra forma de culto al Señor, fácilmente, se vuelve una tradición. Perdemos la realidad espiritual, pero mantenemos la forma tradicional, y ésta tiene la capaci-

dad de aplacar nuestra conciencia, y entonces tenemos la sensación de que rendimos culto a Dios.

La carne religiosa

Aquí tenemos un enemigo espiritual terrible – la carne religiosa. No solo la carne que peca, la carne que desagrada a Dios en un sentido más explícitamente maligno, sino la carne que desagrada a Dios en un sentido más sutil. La carne religiosa tiene una especialidad. Ella sabe algo muy interesante: sabe hacer un culto a Dios.

¿Dónde empezó este asunto en la Biblia? En Génesis capítulo 4 vemos dos actitudes en las personas de Caín y Abel, que constituyen dos principios acerca de dos formas de culto. Cuando Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, entonces nacieron dos hijos. Caín significa «una adquisición», y Abel significa «aquél que exhala». El mismo nombre de ellos apunta a dos principios.

Ahora, la comprensión que ellos dos tuvieron del culto a Dios es impresionante. Abel habla del verdadero culto a Dios, y Caín habla de la carne religiosa, la carne que imita. ¿Cuál fue el pensamiento de Caín? Él sabía muy bien que sus padres habían sido expulsados del paraíso. ¿Cuál era el mayor deseo del hombre después de haber sido expulsado Su presencia? Volver a la presencia de Dios. Ese

es un clamor original, la simiente religiosa, una búsqueda interior implacable que el hombre tiene en sí mismo, porque él perdió a Dios, perdió la comunión con Dios.

Entonces, hay una búsqueda implacable, siempre de manera errada, siempre en el lugar equivocado, porque el hombre perdió la visión de Dios, la comunión, la realidad de Dios. Por la gracia de Dios, esa búsqueda permanece, pero es una búsqueda inalcanzable. Por eso, el Verbo fue hecho carne, porque esa búsqueda, en sí misma, nunca nos llevaría de vuelta al paraíso perdido. ¿Por qué? Porque había un medio de Dios para que este asunto fuese recuperado. Era imposible que hubiese una participación del hombre.

En la encarnación del Verbo de Dios, el Espíritu Santo prepara un cuerpo en el vientre de una virgen, y el hombre es dejado de lado. José no participó, porque el hombre no puede proveer para que el Verbo pueda ser traído a nuestra realidad. Dios fue quien proveyó. «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*» (Juan 1:14). Esta fue la provisión de Dios para la redención y la reconciliación del hombre.

Cuando aquel matrimonio perdió la comunión con Dios, ¿cuál era la búsqueda implacable en el cora-

zón de Caín para retornar a la comunión con Dios? ¿Qué le llevó a hacer esta búsqueda? Trabajar la tierra, producir lo mejor de sí mismo. No es una cosa cualquiera – lo mejor, su sudor, su trabajo. Así entendemos nosotros el culto a Dios: lo mejor de nosotros. Así también era Caín. Entonces, él produjo aquella ofrenda y la llevó a Dios. Y la palabra del Señor dice que Dios no se agradó.

Pero, por favor, preste atención. No dice que Dios no se agradó de la ofrenda de Caín en primer lugar, sino que él no se agradó de Caín y de su ofrenda, porque su ofrenda exteriorizó lo que había en su corazón. ¿Y qué había en su corazón? ‘Yo voy a producir lo mejor, porque para Dios necesito dar lo mejor que puedo, lo mejor de mi trabajo, lo mejor que tengo’. En otras palabras, lo mejor de la carne.

La ofrenda de Abel

Pero, ¿qué entendió Abel? Ellos eran hermanos, y sabían que sus padres habían sido expulsados del paraíso. ¿Cómo recuperar la presencia de Dios? Abel entendió que lo mejor no basta, que la única cosa capaz de satisfacer a Dios era una vida sin pecado. Entonces, ¿qué podía hacer él? Él sabía que él era un pecador. ¿Qué podía ofrecerle a Dios? Nada de él mismo. Él era un pecador. Eso no habla solo de su condición, sino de su estado.

Si el Espíritu Santo no fuera honrado en nuestras vidas, en nuestros relacionamientos, no podríamos rendir culto a Dios en el Espíritu.

Entonces, Abel tomó de la gordura del rebaño, una vida inocente, para entregarla en su lugar. Su ofrenda habla de un clamor por recibir justicia de Dios, un clamor por la misericordia de Dios. En cambio, la ofrenda de Caín habla de una demanda. Caín trabajó, y a través de esta ofrenda él demandaba algo de Dios. Abel tomó el camino contrario; su ofrenda era un clamor por una justicia que procediese de Dios, porque no había justicia en sus manos ni en sus obras.

Dos caminos

Qué distintos son estos dos caminos. Nosotros podemos andar en una o en otra línea, pero nuestro gran problema es que, en verdad, ambas líneas están dentro de nosotros. ¿Cómo llama a esto el Nuevo Testamento? La carne y el Espíritu. «Andad en el Espíritu, y no satisfaceréis la codicia de la carne». Sí, nosotros podemos rendir culto a Dios en la carne, pero eso no significa que Dios lo aceptará.

Pero hay otra manera de rendir culto a Dios: en el Espíritu. ¿Cómo comienza un culto en el Espíritu?

En la revelación de Dios, no en aquello que nosotros producimos para Dios. Veamos esto con un ejemplo práctico.

¿Cómo adoramos nosotros a Dios? Antes de compartir la Palabra, hemos tenido un tiempo de adoración. Si nuestra adoración no estuviese basada en la contemplación de Cristo, en las glorias de Cristo, de su persona y de su obra, este sería un culto en la carne, no una adoración en el Espíritu. Si no es en el Espíritu, no es en verdad, no tiene realidad espiritual. Podemos hacerlo, porque los músicos, los instrumentos y los cánticos están ahí. Nuestra memoria conoce muy bien los cánticos, y podemos rendir culto a Dios, pero sin la contemplación de Cristo.

La obra del Espíritu Santo

Entonces, no existe culto a Dios que no sea producido por el propio Espíritu Santo. Él tiene que hacerse presente, dándonos una visión fresca y nueva de Cristo. No es el Cristo de ayer, aquel del culto pasado. Es nuestro Cristo, revelado a nosotros diariamente, en las

circunstancias más prácticas; el Cristo que nosotros hemos amado, el Cristo a quien hemos seguido. A este Cristo adoramos. Entonces, un culto en el Espíritu es un culto basado en la revelación de Cristo.

Por eso, cuando Pablo da aquel principio importante de 1ª Corintios 12:3 «...*nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo*». ¡Qué importante es este principio! Pues no es un asunto de palabras.

Cualquiera podría decir: «Jesús es el Señor». Sí, es posible. Nuestro Señor dice en Mateo 7 que muchos, en aquel día, le dirán: «Señor, Señor, en tu nombre expulsamos demonios, en tu nombre profetizamos, en tu nombre hicimos muchos milagros». Pero él les dirá: «Nunca os conocí». Entonces, no es cuestión solo de decir: «Jesús es el Señor», sino de la realidad espiritual involucrada en eso.

Entonces, ¿cuál es el principio tan importante de 1ª Corintios 12:3? Veámoslo de otra manera. Nadie puede establecer el señorío real, experimental y práctico de Cristo en la vida de la iglesia, sino el Espíritu Santo. Por eso, en Efesios 4:30, Pablo exhorta así: «*No contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. Quitense de vosotros toda amargura...*».

Quitando la amargura

Amargura. ¡Qué serio es este asunto! Vean donde el Espíritu Santo comenzó. Si hay amargura entre nosotros, el Espíritu Santo está ofendido y no podemos adorar a Dios. Puede haber reunión, puede haber cánticos, pero no habrá culto, porque hay amargura, se ha contristado al Espíritu Santo, y entonces el señorío de Cristo no puede ser establecido. Porque nadie puede decir: «Jesús es el Señor» sino por el Espíritu Santo. ¡Oh, hermanos, qué importante es esto!

Entonces, hermanos, nuestra carne, en sí misma, tiene habilidad para ofrecer culto. Ella sabe imitar el culto a Dios. Entonces, si nosotros nos vamos a mantener frescos como pueblo de Dios, necesitamos de una cosa en primer lugar: no contristar al Espíritu Santo de Dios.

Es muy interesante esa lista de Efesios 4:30 en adelante. ¿Por qué el Espíritu Santo empezó por la amargura? Otras cosas podrían estar allí en primer lugar, pero está la amargura. Hebreos 12:15 nos advierte que no haya en nosotros alguna raíz de amargura. Vean lo que la amargura tiene capacidad de hacer. «...*que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados*». Ese es el poder de la amargura; pero eso, el Espíritu Santo comienza con ella. «*Quitense de vosotros toda amargura*», porque ella brota, perturba y

contamina, no a pocos, sino a muchos. Hermanos, cuán práctico es el bendito Espíritu Santo, y cómo nos ayuda en estas cosas específicas.

Entonces, la carne religiosa pone toda esta realidad espiritual de lado. Ella no se preocupa con la amargura, con el enojo, con la ira ni con la gritería y la maledicencia o blasfemia, ni siquiera si nosotros nos estamos amando y perdonándonos unos a otros, siendo compasivos o sufriendo juntos, siendo benignos, imitadores de Dios como hijos amados. La carne no se preocupa con nada de eso. Ella sabe hacer un culto a Dios y no depende de ninguna de estas cosas.

¡Oh, hermanos, qué sutil es este enemigo! Solo el Espíritu Santo mismo puede darnos luz sobre nuestra carne y sus tentáculos. Nuestra carne es serpenteante, muy sutil, extremadamente oculta. Por eso, el principio del Señor es: *«Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado»* (1ª Juan 1:7). ¿No es maravilloso este versículo? La luz del Señor. Andando en la luz, nosotros tenemos una provisión adicional – la sangre. La luz y la sangre.

Gracias al Señor por la luz. Sin embargo, siuviésemos solo la luz, sin la sangre, podríamos caer fulminados. Pero nosotros tenemos la

luz y tenemos la preciosa y bendita sangre de Jesús, y la convicción del Espíritu Santo que va a exponer nuestro corazón y va a mostrar la amargura, la falta de compasión, la falta de perdón, todo lo que está en aquella lista de Efesios 4.

Doce veces aparece la palabra Espíritu en Efesios. Efesios 4:30 y 5:18 son dos menciones consecutivas. Ambas hacen un contrapunto. Una es negativa: *«No entristezcáis al Espíritu»*, y la otra es positiva: *«Sed llenos del Espíritu»*. Y entre una mención y otra hay una lista de versículos muy importantes, porque ellos van a tomar este contrapunto y nos van a mostrar muchas cosas que entristecen y muchas cosas que honran al Espíritu Santo.

Si el Espíritu Santo no fuera honrado en nuestras vidas, en nuestros relacionamientos, no podríamos rendir culto a Dios en el Espíritu. El local de reunión seguirá abierto, las sillas están allí, la Biblia seguirá disponible, también los cánticos, pero es la carne en acción y el Espíritu Santo contristado. ¡Cómo necesitamos recibir aquellas exhortaciones a las siete iglesias de Asia! «El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias». Él, como maestro divino, quiere apuntar de manera maravillosa, llena de amabilidad y también llena de verdad, a aquello que lo honra y a aquello que lo deshonra.

Examinados por el Espíritu

Pero hay algo que nosotros necesitamos hacer. El Señor nunca responde preguntas que no le han sido hechas. Necesitamos preguntar: 'Señor, ¿qué hay en nosotros?'. Especialmente los ancianos, pero no solo ellos, necesitan preguntar al Señor: 'Señor, ¿qué hay en la asamblea, que de alguna manera te haya entristecido?'. Si lo hacemos, él nos lo va a comunicar con toda amabilidad. Nunca nos echará fuera.

El Señor es un maestro maravilloso. Él sabe dar un baño a sus bebés. Él pone a su bebé en el lavatorio, y al terminar, él toma a su bebé, lo pone en su pecho, y toma la vasija con el agua sucia y la tira hacia afuera. Pero su bebé permanece con él. Amor y verdad. «Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo». Esta es la bendita obra del Espíritu Santo. Pero nosotros necesitamos pedir. «Pedid, y se os dará».

Qué responsabilidad tenemos, hermanos. Retener la Cabeza, glorificar a la Cabeza, no es un asunto automático. Como individuos, como familias, y como iglesia, necesitamos pedir al Señor que escudriñe nuestros corazones. «*Exámíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno*» (Sal. 139:23-24).

Entonces, en los primeros versículos de Colosenses 2, Pablo nos va a señalar todos esos enemigos en un sentido negativo: las palabras persuasivas, las filosofías y huecas sutilezas, la tradición de los hombres, como dijimos, la carne religiosa, los rudimentos del mundo.

Influencia judaizante

Después, en el versículo 16: «*Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo*». Aquí hay otro punto muy sensible. De una manera muy particular, en Brasil, hemos sido asolados por este problema. Hay allí un énfasis judaizante muy grande, entrando en diversas asambleas, socavando la convicción de muchos hermanos de una manera muy sutil.

La idea básica de esta tendencia es que, «en la palabra de Dios, nosotros tenemos cáscara y grano», y que «es necesario entonces discernir qué cosa es cáscara y qué es grano en este libro». Esto significa juzgar la palabra de Dios, porque, según ellos, en ella hay muchos mitos, y la palabra de Dios necesita ser desmitificada.

Ahora, hermanos, como no hay nada nuevo debajo del sol, no existe ninguna herejía nueva; todas las herejías son viejas. Por eso, necesitamos conocer la historia de la iglesia y la historia del pensamiento

cristiano. Todas las herejías son viejas, pero ellas visten ropajes diferentes. A veces vienen de faldas y otras veces de pantalones largos, a veces de corbata y a veces de camisa deportiva, pero son las mismas herejías, con diferente ropaje. Estas cosas fueron dichas desde el inicio de la historia de la iglesia.

En el siglo XIX, hubo un famoso teólogo alemán, Friedrich Schleiermacher. Su apellido es una composición de dos palabras. En alemán, *macher* significa fabricante, el que hace algo, y *schleier* significa velo. Muy interesante. Un fabricante de velos. Y eso es lo que él hizo dentro del cristianismo en el siglo XIX. Él fabricó muchos velos, y uno de ellos decía que en la palabra de Dios había cáscara y grano, muchos mitos, y que entonces era necesario juzgar o criticar esa palabra. El movimiento fue llamado Alta Crítica. Vean el tamaño del ego del hombre. Alta Crítica, al punto de criticar la palabra de Dios.

Hermanos, cuando nosotros hacemos eso, perdemos todo, porque nos volvemos jueces de la Palabra, y no la Palabra nuestro juez. 'La Palabra no puede juzgarnos, porque este texto no es inspirado, este otro tampoco es inspirado, o este es un pasaje agregado; esto no fue escrito por Pablo, esto no es del Espíritu Santo, esto lo han agregado las tradiciones'. Y algunos han ido más lejos. En Brasil, algunos

han dicho así, lo que también fue dicho en el pasado: 'La Biblia no es la palabra de Dios, sino que ella *contiene* la palabra de Dios. Entonces, vamos a buscar aquí lo que es palabra de Dios y lo que no es palabra de Dios'.

Y hay aun otra sutileza. 'Algunos textos fueron adicionados, entonces es necesario encontrar esos textos agregados y dejarlos de lado, para aprovechar los otros'.

Entonces, hermanos, en esa búsqueda, se llega a la conclusión de que todos los fundamentos de la revelación de Dios están en el Antiguo Testamento. Entonces, las epístolas de Pablo comienzan a ser cuestionadas. 'Esa es la mente de Pablo'. El cristianismo llega a ser considerado como un apéndice del judaísmo.

Hay una gran denominación en Brasil llamada «iglesia judío-cristiana». Es cristianismo judaizante. Esta es una verdadera aberración, porque no hay judaísmo cristiano. Es imposible, es como intentar hacer comunión entre luz y tinieblas, entre sombra y realidad. Cuando la realidad viene, no hay lugar para la sombra. No hay un cristianismo judaizante. Esencialmente hablando, esto es imposible. Entonces, en estos días, hemos sufrido de nuevo una avalancha del judaísmo, para distraernos de Cristo y confundirnos, así como en los tiempos de Pablo.

Sustancia vs. sombra

Entonces, aquí está el versículo 16. *«Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo».* La palabra *cuerpo*, aquí, significa *sustancia*. No se está refiriendo al cuerpo de Cristo que es la iglesia, sino contrastando *cuerpo* con *sombra*.

Cuando el sol está detrás de nosotros, nuestro cuerpo proyecta una sombra. Si alguien pasa por encima de la sombra, no está pasando sobre nosotros, porque en la sombra no hay realidad. La realidad está en el cuerpo. Eso es lo que Pablo está diciendo. Todo el judaísmo es sombra; quien pasa por el judaísmo pasa por la sombra. No hay realidad en él. Nuestro estimado hermano Austin-Sparks llama al sistema judaico «una cuna espiritual». Así también lo llama Pablo en Colosenses y en Gálatas.

¿Qué es lo que se necesita para enseñar a los bebés? Hay que apelar a sus sentidos; poner cosas en sus manos para que jueguen, y cosas en sus bocas, colores ante sus ojos. Ellos son enseñados a través de estos juegos pedagógicos. Eso es

el judaísmo, como una sala cuna. Ellos van a ser entrenados por medio de los sentidos. ¿Hasta cuándo? Hasta que viniese Cristo. En Gálatas capítulo 3, la ley era aquel pedagogo, instructor de niños, para entrenarlos en las cosas tangibles, hasta que viniese Cristo.

¿Ven lo que está aconteciendo hoy? La iglesia está siendo llamada a entrar en la sala cuna una vez más. Eso es la religión de los sentidos – días de fiesta, bebidas, luna nueva y día de reposo. ¡Qué cosa sería es esta! Es un llamado hacia la infancia espiritual, y no a la madurez espiritual.

Sin embargo, ¿cuál es nuestro llamado? *«...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»* (Ef. 4:13). Este es nuestro llamamiento. Por eso, Pablo dice: *«Por tanto, nadie os juzgue...»*, y él contrasta la sombra con la realidad. Y el versículo 17 de Colosenses 2 dice que la realidad es Cristo.

En el versículo 18, él va a hablar contra esa pretendida humildad, culto a los ángeles y visiones. Y al final del versículo, él dice: *«...va-*

La carne nunca puede glorificar a la Cabeza. Puede hacer un culto, pero esto es inaceptable para Dios.

namente hinchado por su propia mente carnal». Mente carnal. Estamos hablando de este enemigo desde el inicio. Ustedes ven que la carne, aquí, está contrastando con el glorificar a la Cabeza, porque la carne nunca puede glorificar a la Cabeza. Puede hacer un culto, pero esto es inaceptable para Dios.

Después, los versículos 20 al 23, son también un pasaje sumamente interesante. Pablo habla sobre las abstinencias. «No manejes, no gustes ni aun toques esto». En el versículo 23, él dice: «*Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne*».

«Culto al culto»

La expresión «culto voluntario», literalmente, es *culto de sí mismo*. Toda vez que nosotros no tenemos la realidad de Cristo, que realmente no estamos en el Espíritu, viviendo en el Espíritu, andando en el Espíritu, sirviendo en el Espíritu y todo lo que la palabra de Dios nos habla sobre estar en el Espíritu, nuestra alternativa es el culto de sí mismo. Iremos fatalmente a rendir «culto al culto».

¿Ya vieron eso en Oseas 8:13? Hay un principio espiritual muy interesante en este versículo. El Señor exhortó así a su pueblo a través de Oseas. «*Ellos aman el sacrifi-*

cio; por eso sacrifican. Porque les gusta la carne, la comen. Mas el Señor no los acepta» (Traducción literal de la versión en portugués). Hermanos, este versículo es clarísimo sobre lo que es el culto en la carne.

¿Por qué el pueblo de Israel, aunque se había apartado de Dios, continuaba rindiéndole culto? Porque ellos amaban el culto, amaban el sacrificio. Por eso sacrificaban, porque les gustaba la carne y la comían. Había algo en este tipo de culto que agradaba a la carne, porque provenía de la misma carne. La carne agrada a la carne, la carne produce el culto, y ella misma se agrada del culto.

Entonces, a veces, nosotros podemos terminar una reunión y decir así: '¡Qué agradable estuvo la reunión!'. Y eso puede tener dos sentidos. Si el Señor realmente imprimió en nuestro espíritu que él fue glorificado en esa reunión, él nos habló al corazón, él recibió nuestra adoración, nosotros nos postramos en su presencia y él quedó satisfecho, entonces, amén, qué preciosa reunión.

Mas, por otro lado, nosotros podemos ser agradados, nuestra carne puede encontrar mucha satisfacción, pero el Señor no ser realmente honrado. Ellos amaban el sacrificio; por eso sacrificaban, gustaban de la carne y la comían. Pero observen la secuencia del versículo: «*Mas el Señor no los acepta*». ¿Por

qué? Porque provino de la propia carne. Entonces, este es un asunto muy serio. La carne imita el culto a Dios y nos satisface a nosotros mismos; tenemos un sentir de satisfacción en nosotros mismos.

Vean cómo Pablo sigue en este texto a los colosenses. Versículo 23: *«Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne»*. Esta traducción que leímos, tanto en portugués como en español, dice que este tipo de culto no tiene valor contra la sensualidad.

Hay otra traducción posible de esta expresión en la lengua original, como un complemento, y ella es muy interesante. Dice que este tipo de culto no tiene ningún valor «sino para la satisfacción de la carne». Muy interesante. Hay un doble sentido. En primer lugar, este tipo de culto no tiene ningún valor contra la carne, contra la sensualidad; al contrario, tiene valor para la satisfacción de la carne y para la sensualidad. La sensualidad en cuanto a que toca las cosas de los sentidos.

Felicidad engañosa

Según la Biblia, eso es ser sensual. Judas los define como *«los sensuales, que no tienen al Espíritu»*, hombres de los sentidos, que buscan lo que les agrada, y andan se-

gún sus apetitos y deseos. ‘Si eso me hace bien, entonces es bueno; si me hace feliz, entonces es bueno. El padrón soy yo. Si yo estoy bien, si estoy feliz, entonces eso es bueno’. ¡Qué engañoso padrón!

Hay muchas cosas que, a pesar de hacernos infelices, son el propio obrar de Dios en nosotros. Nuestra búsqueda no debería ser la felicidad, porque según la Biblia, ella es un resultado de la santidad. ¿Cómo lo sabemos? En el Sermón del Monte, nuestro Señor dijo: *«Bienaventurados – felices, llenos de alegría – los pobres en espíritu... los mansos... los de limpio corazón...»*. ¿Qué es lo que el Señor nos está enseñando? Que la felicidad, según el orden de Dios, es un subproducto, un resultado. Los cristianos no buscamos la felicidad – buscamos la santidad. Cuanto más santos somos, más felices somos.

¿Qué es la santidad? Según la Biblia, no es dejar de hacer esto o lo otro, vestir así o no vestir así. Claro que afecta a ese aspecto, pero la santidad está por detrás de ello. La Biblia define la santidad como «ser parecidos con Cristo». Santidad es piedad, ser parecidos con Cristo.

Por eso, el propósito de Dios es transformarnos de gloria en gloria, a su propia imagen, la imagen del Hijo. Porque el Hijo unigénito fue hecho el primogénito entre muchos hermanos, para que nosotros pu-

diésemos ser transformados a su propia imagen, y él fuese el primogénito entre muchos hermanos. En otras palabras, entre muchos semejantes a él.

La felicidad, en la Biblia, es un resultado. Aquí, nosotros podemos errar frontalmente. Cuando andamos según la carne, no hay otra opción, sino un culto de nosotros mismos; nosotros somos el centro, toda búsqueda está vuelta hacia nosotros, toda felicidad depende de nosotros, de aquello que somos o hacemos, de aquello que conquistamos.

Más Cristo = más santidad

Pero, según la Biblia, cuanto más el carácter de Cristo es formado en nosotros, más felices somos; porque Cristo es *el feliz*, Cristo es *el bienaventurado*. Todas las bienaventuranzas se refieren a él mismo. Él es el humilde de espíritu, él es el manso de corazón, él es limpio de corazón. Entonces, cuanto más Cristo está formado en nosotros, más santos somos.

Oh, hermanos, que el Señor nos ayude. Muchas veces esta palabra, santo, es tan mal comprendida por nosotros, porque nosotros miramos siempre lo externo. 'Santo es hacer así, es no hacer así, es hablar así y no hablar así, es vestir así y no vestir así'. Pero santo, según la Biblia, es ser parecido con Cristo. Cuando más nos parecemos con

Cristo, vamos a hablar como Cristo, pensar como Cristo, actuar como Cristo.

Por eso, los discípulos, en Antioquia, por primera vez, fueron llamados cristianos, porque eran tan parecidos con Cristo. Los hombres miraban y decían: 'Nosotros pusimos a Cristo en el madero, pero estamos viendo pequeños cristos'. Ese es el sentido de la palabra «cristianos». Fue usada en sentido despectivo. Aquel Cristo despreciado, aquel judío que decía ser Dios, vivió de aquella manera, y ahora él tiene millares que se le parecen, hablan como él, viven como él. Ellos despreciaron entonces a estas personas, y les llamaron cristianos.

Por eso, Pablo habla así: «Parece que Dios nos puso a los apóstoles...», a aquellos que eran más parecidos con Cristo, que tenían más de Cristo formado en ellos (1ª Cor. 4). «Parece», o sea, esa no es la verdad, porque para Dios, nosotros somos los principales, somos sus hijos, su herencia, su tesoro. Mas, en el mundo, «parece» que Dios nos puso a los apóstoles en último lugar, y somos considerados como la basura del mundo y escoria de todos.

¡Qué palabra fuerte es esta! ¿Cuál es el motivo de esto? Porque ellos eran parecidos a Cristo. Por eso, Apocalipsis nos define a todos nosotros, los hermanos, como los

seguidores del Cordero a donde quiera que él va. Ese es nuestro sublime llamamiento.

Si el mundo nos rechaza por causa de Cristo, más bienaventurados somos. Bienaventurados son los perseguidos, no por causa de ideologías, sino por causa de la justicia. ¿Cuál justicia? ¿Quién es la justicia? Cristo mismo. Él nos ha sido hecho de parte de Dios sabiduría y justicia. Y la justicia, allí, tiene la connotación de santidad. Entonces, bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, en otras palabras, por causa de ser parecidos con Cristo, *«porque de ellos es el reino de los cielos»*.

Glorificando la Cabeza

Gracias al Señor, hermanos, ese es nuestro sublime llamamiento. Entonces, Pablo va a ayudarnos en esta epístola a ver a todos estos enemigos espirituales, que son su-

tiles, de manera bien diferente; mas, en un último análisis, es siempre la carne, la carne de las tradiciones, de los argumentos, de los sofismas, de la tradición religiosa, la carne que finge humildad. Todo está en ese texto. La carne por todos lados – la carne religiosa.

Entonces Pablo dice: *«...no asiéndose de la Cabeza»*, es decir, no glorificando a la Cabeza. Oh, hermanos, que el Señor nos ayude en estos días. Sabemos que no habrá otra meta para nuestro llamamiento. Hemos sido llamados para glorificar a nuestra Cabeza. Ya somos Su pueblo. Fuimos redimidos por su preciosa sangre; ya tenemos su bendito Espíritu.

Quisiera reforzar esto una vez más: el asunto de glorificar a la Cabeza no es algo automático. Necesitamos aprender el camino de glorificar a la Cabeza. El Señor nos ayude.



Cielo y tierra

Se puede escribir la historia espiritual de cada cristiano en dos frases: "Tú en mí" y "Yo en ti". En los planes de Dios, Cristo y el cristiano se vuelven uno, de tal manera que Cristo es ambos en lo celestial y sobre la tierra y el cristiano es ambos en la tierra y en lo celestial. Cristo en lo celestial es la parte invisible del cristiano.

El creyente en la tierra es la parte visible de Cristo. Este es un pensamiento asombroso. Su evidente importancia es que tú y yo debemos traer a Cristo desde los cielos a la tierra para que los hombres vean quien es él y qué es lo que él puede hacer en una vida humana. Esto significa tener la vida de Cristo, viviéndola en nosotros tan plenamente que, al verlo a él en nosotros, las personas sean atraídas a él en fe y amor. (*Ruth Paxson*).

Desaliento

La palabra desaliento no se encuentra en el diccionario del reino de los cielos. (*Melinda Rankin, misionera americana del siglo XIX en México*).

El Señor busca realidad y condena toda apariencia en sus seguidores; se buscará a sí mismo y a la vez juzgará todo cuanto no sea Suyo en los suyos. Esta verdad recorrerá toda la historia de la iglesia.

TEMA DE PORTADA

El Señor se busca a sí mismo

Gonzalo Sepúlveda



Nuestro Señor Jesucristo, en aquella larga noche que podríamos llamar ‘de despedida’, cuando lavó los pies de sus discípulos y cenó con ellos, procuró atraer la atención hacia Su persona, en especial cuando ellos interrogaron al Maestro.

Los discípulos preguntan

Pedro hace una pregunta emocional (Juan 13:37). En Juan capítulo 14, Tomás, Felipe y Judas (no el Iscariote) hacen preguntas más racionales, que revelan su precaria comprensión acerca de la maravillosa Persona que tenían enfrente.

Tomás hace una pregunta objetiva: «Señor, no sabemos a dónde vas;

¿cómo, pues, podemos saber el camino?» (14:5). Felipe libera un deseo que le quema: «Señor, muéstranos el Padre, y nos basta», como si confesara: «No logramos comprender tus palabras, pero si llegamos a ver a Dios, eso nos bastaría». Y Judas dice: «¿Cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?» (14:22).

El Señor responde con serenidad, y de seguro sus respuestas dejaron aún más perplejos a los ya desconcertados discípulos: «Yo soy el camino...el que me ha visto a mí, ha visto al Padre...vendremos a él y haremos morada con él».

Cada respuesta apuntaba a un solo objetivo: que le conocieran él como el centro de los planes divi-

nos; que, sin él, jamás conocerían al Dios vivo y verdadero y que solo a través de Su persona ellos (y nosotros) podríamos agradar a Dios. O sea, el maestro dirigió sus pensamientos hacia sí mismo, a la bendita realidad de su persona.

Los discípulos estaban frente a una realidad desconocida. ¿Cómo era posible que el camino, la verdad y la vida fuese una persona y no una forma de doctrina o práctica religiosa? Tenían frente a ellos a un hombre de carne y hueso que afirmaba tener morando dentro de sí al Padre, o sea al mismísimo Dios eterno. Más aun, oyeron la promesa de que serían ellos mismos «habitados» por el Padre y el Hijo – «vendremos...y moraremos con él» dice el Maestro.

El mensaje es tan firme que lo repite una y otra vez. «*Separados de mí, nada podéis hacer (15:5)...Permaneced en mí...Cuando venga el Consolador, él dará testimonio de mí*». Finalmente, en su oración sacerdotal, el Señor reitera: «*Yo en ellos y tú en mí...*» (Juan 17: 23), confirmando que, sin él, ningún propósito sería posible.

Entonces, no es extraño el título del presente mensaje. El Señor buscará esta misma realidad en sus seguidores; se buscará a sí mismo y a la vez juzgará todo cuanto no sea Suyo en los suyos. Esta verdad recorrerá toda la historia de la iglesia hasta nuestros días, y más aún,

cuando solemnemente todos debemos comparecer ante Su tribunal (2ª Cor. 5:10).

Cristo, ¿es hallado?

Hoy, el Señor se busca a sí mismo en nosotros. Si no se encuentra, es porque de alguna manera hemos equivocado el camino. ¿El resto de los hombres encuentran en nosotros a Cristo o solo tocan nuestras formas y costumbres religiosas?

El apóstol Pablo, comprendiendo muy bien esta verdad, confronta firmemente a los gálatas: «*Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea (plenamente) formado en vosotros*» (Gál. 4:19). Si esto no se cumple en cada uno de nosotros, si tan solo guardamos una serie de mandatos externos, si nos imponen o nos auto imponemos una forma de vida piadosa y novedosas prácticas de religión externas, nada hemos logrado. Si Cristo no es hallado en nosotros, solo somos religión.

La medida del Señor no puede ser rebajada a consideraciones humanas. Él no se impresiona con los buenos planes y propósitos nacidos en la mente del hombre. Muchas corrientes y prácticas religiosas ocupan hoy la atención, y distraen a mucho pueblo del Señor. Pero a Él solo le importa una cosa: cuánto de Su persona puede ser hallado en nosotros.

Buscándose en su iglesia

Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último. Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea. Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre» (Apoc. 1:11-13).

El Señor está en medio de los siete candeleros, en medio de las siete iglesias. Cuando le habla a la iglesia en Éfeso, le dice que él es quien tiene las siete estrellas en su diestra. Él tiene en su mano las siete iglesias, y él *anda* en medio de los siete candeleros de oro. ¿Por qué él *anda*? ¿Qué está buscando el Señor en medio de este andar entre los candeleros?

Un candelero es una lámpara, y una lámpara que no alumbrar, no sirve para nada. Las lámparas existen para dar luz. «*Yo soy la luz del mundo*» dijo el Señor. Y, si las lámparas van a alumbrar, cada candelero tiene que tener Su luz. Cuando busca que las lámparas brillen, él está buscando su propia luz.

El Señor se busca a sí mismo; él está buscando algo suyo, porque él ha venido a habitar en nuestros corazones. ¿Cuánto de él se está expresando a través de nosotros? Eso es lo que él busca en las siete iglesias.

Éfeso, amor

La primera iglesia es Éfeso. En su conjunto, doctrinalmente y en cuanto a su obra, ella está correcta. No hay problema en cuanto a su trabajo. Pero él le dice: «*Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor*».

Lo que el Señor busca en esta iglesia es Su amor expresado allí. No el concepto del primer amor de alguien recién convertido y lleno de entusiasmo, sino que Él mismo ocupe la primacía del amor.

Este es el patrón de medida de la iglesia; así quiere verla el Señor. Él dice: «No me importa tanto lo que hagas; está bien lo que haces, pero yo busco un servicio por amor. Si esto no se cumple, el candelero deja de ser, y lo quitaré de su lugar». Pasaron los años, y el testimonio de Éfeso desapareció. El Señor se buscó a sí mismo, expresado en amor, y no se halló en ella.

Alguien dijo que hay dos epístolas a los Efesios; este mensaje a Éfeso en Apocalipsis podría considerarse la segunda carta a los Efesios. Entre una carta y otra han transcurrido unos treinta años, aproximadamente. A medida que los años van pasando, corremos el riesgo de hacer las cosas mecánicamente, podemos acostumbrarnos al lenguaje y a las actividades que consideramos 'normales' en nuestra vida de iglesia. Que el Señor nos socorra, para no caer en una miserable rutina.

Cuando alguien ama a una persona, es espontáneo con ella. Nosotros amamos al Señor y queremos expresarnos con libertad delante de él. Que él, cuando venga y examine a su iglesia, se encuentre ocupando el primer lugar en nuestros afectos.

Esmirna, fidelidad

La carta a Esmirna es muy breve. La iglesia está sufriendo. El Señor le dice que él es el primero y el último, aquel que estuvo muerto y vivió, y dice que conoce sus obras y su tribulación y su pobreza, pero la alienta. «*Conozco tu pobreza (pero tú eres rico)*».

¿Estamos conscientes de esa riqueza? Sí, es verdad, a veces tenemos muchas dificultades, pero sabemos que le tenemos a él. Qué bueno es tener conciencia de esta riqueza. Hay tribulación en la iglesia, y el Señor le dice estas palabras: «*Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida*». ¡Precioso aliento de parte del Señor! Recordemos que siempre ha habido persecución y dolor para alguna parte del cuerpo de Cristo. En muchos lugares del mundo, hoy mismo, hay mártires sufriendo por amor al Señor. (No olvidemos orar por ellos).

¿Está sufriendo usted? Seamos fieles hasta la muerte. El Señor es el fiel y verdadero. Él fue fiel hasta la muerte, y cuando él busca fidelidad, se busca a sí mismo. La fide-

lidad es una característica del Señor Jesucristo mismo, y él recomendará aquella fidelidad en sus santos.

Pérgamo, santidad

Pérgamo significa casamiento. A pesar de que el Señor celebra algunas cosas allí, que los hermanos retienen el nombre del Señor y no niegan la fe; sin embargo, toleraron doctrinas extrañas, entró el pecado de idolatría y el mundo se introdujo en la iglesia. Pérgamo es una mezcla, un compromiso con el mundo. Entonces, lo que el Señor busca en esta iglesia es santidad, separación.

Hermanos, que el Señor, al examinarnos, no nos halle mundanalizados. Que no nos vea él que usamos principios mundanos, sean de gobierno, de administración o de inspiración. Y menos aún, que no encuentre pecado entre nosotros. En el gobierno de la iglesia, las tinieblas siempre deben ser severamente reprendidas.

Debemos afirmarnos siempre en lo que a Él le agrada. Y en medio de la casa del Señor, siempre tenemos que echar fuera todo lo que es tenebroso. Amamos al Señor, pero aborrecemos las tinieblas.

La santidad es lo que Pérgamo perdió, y es lo que nosotros nunca debemos perder. No es fácil en estos días, pues las tentaciones son muy grandes. Hay tinieblas que el

hombre no ve, y nosotros, como iglesia, podríamos decir que está todo bien, pero lo que importa es lo que el Señor está viendo. Sus ojos son como llama de fuego; él nos conoce íntimamente.

El Señor, el fundamento de la iglesia, es santo; el que la habita, la sostiene y la anhela, es santo. En Pérgamo, una vez más, él se busca a sí mismo, y al no hallar Su santidad en ella, la iglesia recibe severa repreensión. El Señor reprueba todo aquello que no es suyo y que ha venido a contaminar su casa.

Tiatira, sumisión

Tiatira tiene obras y también paciencia. Sin embargo, hay otras voces allí: la voz de Jezabel se sobrepone a la voz del Señor. Ella habla, tiene opinión propia. Pero, hermanos, la Amada del Señor, tiene que permanecer sumisa a su Novio celestial; como cuerpo, debe permanecer sumisa a su Cabeza.

A la iglesia no le es dado asumir una posición en materia social o de política contingente. Ella solo puede decir: 'Esto es lo que Dios piensa, esto es lo que el Señor dice'.

Nosotros somos portavoces del Señor, somos mensajeros de Cris-

to. Un mensajero no tiene opinión propia; él simplemente entrega el mensaje que se le encomendó. Y nosotros tenemos un mensaje para el mundo: «Arrepiéntanse y vuélvanse», porque el Señor ya ha pasado por alto los tiempos de la ignorancia, y hoy día manda a todos los hombres que se arrepientan. Tiene que arrepentirse el pobre y el rico, el joven y el anciano; tiene que arrepentirse el malo y también el que se cree bueno, porque sin Cristo no hay salvación.

La iglesia debe estar sometida al Señor. Tiatira perdió eso. El que tiene ojos como llama de fuego vino a examinarla y encontró una falla en este aspecto de su persona: la sumisión. «*De cierto, de cierto os digo: No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre... No puedo yo hacer nada por mí mismo... porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre*» (Juan 5:19, 30). El Señor no espera que la iglesia sea sumisa en base a sus propias capacidades. La naturaleza humana es rebelde y obstinada, pero, si algo hemos de aprender de él es esta hermosa y delicada característica de nuestro amado Señor.

¿El resto de los hombres encuentran en nosotros a Cristo
o solo tocan nuestras formas y costumbres religiosas?

Cuando él busca sumisión en Tiatira, busca lo que él mismo es, algo propio de sí mismo, que los suyos deben aprender y expresar hacia el mundo.

Sardis, vida

En Éfeso, el Señor buscó amor, y no lo encontró; en Pérgamo, buscó santidad, y no la encontró; en Tiatira, busca sumisión, y no la encuentra. Y, ¿qué es lo que no halló él en Sardis? *«Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios»*. La característica que más resalta de esta iglesia es que tiene nombre de que vive, pero está muerta. La muerte le está ganando a Sardis; el Señor esperaba encontrar vida, y no la halló.

Damos gracias al Señor, porque cada vez que nosotros nos inquietamos por las formas, por la rutina, es una señal de que hay vida entre nosotros. Cuando alguna estructura, forma o rutina nos empieza a molestar, destruyámosla sin temor. Hermanos, las formas son solo eso – formas. Que el Señor nos libre de aferrarnos a ellas; busquemos, en cambio, expresar su vida siempre.

¡Oh, hermanos, que el Señor socorra a la iglesia, porque lo que importa es que él es el Camino, la Verdad y la Vida; él es la Resurrección

y la Vida! Cuando él examina a su iglesia, quiere encontrar su vida en la iglesia. Si la vida de Cristo se manifiesta, los hombres tendrán solo dos opciones: o se someten y reconocen al Señor, o nos aborrecerán. Y si se burlan, a Dios darán cuenta, y nosotros estaremos tranquilos sirviendo al Señor.

Nosotros nos reunimos siempre para exaltar el glorioso nombre del Señor. El Señor nos libre de formas raras, de cosas extravagantes, que no tienen sentido. Que se note la vida poderosa del Señor Jesucristo sin agregados extraños. Somos del Señor, lo amamos a él, y lo único que tiene verdadero valor es Cristo mismo. El Señor nos libre de tener apariencias. Él viene y quiere encontrar la vida suya. Que nunca nos acontezca que tengamos nombre de que vivimos, pero que de verdad estamos muertos.

¿Cuánto de la vida de Cristo hay en la iglesia? Eso es lo que el Señor busca – vida. Cuando hay vida, hay salud; cuando hay vida, hay reproducción; cuando hay vida, hay inquietud. Y la vida siempre quebrará las estructuras muertas.

Es fácil tomar una forma de culto, una liturgia, una forma de reunión, y aferrarnos a ella. Hermanos, es fácil criticar las formas de otros, pero no nos damos cuenta que nosotros también las tenemos. ¡Cuidado, debemos ser más libres!

El Señor quiere quebrar esa religiosidad. La vida es libre. Cuando alguien está enfermo, se vuelve rígido. ¿Qué es lo que importa, entonces? Si la vida de Cristo está fluyendo, no debería haber ningún temor al examen del Señor. Que no nos encuentre aparentando, sino viviendo realmente su vida.

«Yo he venido para que tengan vida en abundancia...Cristo vive en mí...Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...Cristo, nuestra vida...para mí el vivir es Cristo...Cristo en nosotros...Cristo formado...», etc. Estamos familiarizados con estas expresiones del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento. Pleno derecho tiene el Señor de buscarse a sí mismo, de buscar Su vida en la iglesia.

Filadelfia, perseverancia

En Filadelfia, el Señor busca perseverancia. Él está contento con la iglesia que confiesa su nombre y guarda su Palabra, y él la guardará también de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero. Pero luego le dice: *«Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona»*. Retener lo que se tiene, eso es perseverancia.

Éfeso no retuvo el amor; el amor fue robado. En Pérgamo, la santidad fue robada; en Tiatira, la sumisión fue robada; en Sardis, la vida fue robada. Filadelfia, que no te pase lo mismo; que no perdamos

lo que nos ha dado el Señor. ¿Estamos confesando su nombre? Sigamos proclamándolo. ¿Estamos guardando su palabra? Prosigamos. ¿Estamos amándonos? Sigamos en esta senda de amor.

El estado en que encontró el Señor a su iglesia en Filadelfia agradó su corazón. No se percibe un tono de reprensión en sus palabras; sin embargo, la exhortación a retener lo que tiene, para que ninguno tome su corona, constituye una seria advertencia: sus privilegios son susceptibles de perderse.

Si, por ventura, percibimos la paz del Espíritu Santo en nuestra vida y servicio al Señor, tanto individual como corporativamente, si hay frutos y elogios por parte de quienes resultan beneficiados por nuestro trabajo, si soberanamente se abren puertas y gozamos viendo la mano benefactora del Señor a favor de su pueblo, es la hora de temer, nunca de engréirse, pues todo cuanto tenemos lo hemos recibido de gracia (1ª Cor. 4:7).

He aquí la importancia de la perseverancia. Nuestro Señor perseveró hasta el fin, agradó al Padre siempre. Ante el fruto que provocó la admiración de las multitudes, se refugió en la intimidad con su Padre, en el desierto. En las horas más duras, hasta el extremo de rendir su vida, fue perseverante. Hoy persevera intercediendo fielmente por cada uno de nosotros. Buscar

perseverancia en la iglesia no es sino buscarse a Sí mismo, en uno de sus aspectos más finos.

Muchas «Filadelfias» han existido, sin duda, en distintos períodos de la historia. La pregunta que debemos hacernos es: ¿Perseveraron en retener lo que habían recibido? ¿Cuál ha sido el resultado de su testimonio a través del tiempo?

Humildad y temor de Dios están asociados a la perseverancia. Quien o quienes más hayan sido prosperados en el ministerio, más humildes y temerosos han ser ante los ojos de su Señor, siendo éste el sello de su perseverancia. Todo orgullo y relajación, en sus siervos en particular y en su iglesia corporativamente, conducirá irremediamente a un precipicio de frustración del cual difícilmente podrán ser recuperados. (Con razón muchos afirman que «toda Laodicea no es mas que una Filadelfia caída»).

Laodicea, realidad

Alguien dijo que Laodicea era la peor de todas las iglesias. Es un mensaje conocido. «*Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo*». Es una iglesia que lo tuvo todo y lo perdió todo, pero no se dio cuenta de ello.

Hermano, que nunca te acontezca esto en lo individual y que

nunca nos ocurra esto como iglesia. Sintamos siempre que tenemos que crecer y aprender más. Sintamos siempre que el Señor, cuando venga, tiene que encontrar entre nosotros amor, fidelidad, santidad, perseverancia, sumisión, vida.

¿Qué es lo que el Señor busca en Laodicea? Realidad. Tenían riqueza, porque eran iglesia. Se supone que invocaban el nombre del Señor, que tenían la mejor doctrina y que habían estudiado su Palabra. Tuvieron mucha riqueza, pero no se dieron cuenta que la perdieron. ¿Y por qué decimos que lo perdieron todo? Porque, luego, el Señor dice: «*Yo estoy a la puerta, y llamo*». Cuando alguien está a la puerta, es porque está afuera. Y si alguien llama es porque está esperando que le abran para entrar. Aquí el Señor se busca a sí mismo, y no se encuentra. ¡Él no está! ¡Qué desgracia!

El Señor nos guarde a todos nosotros, no sea que algún día llegue a ocurrirnos esto. ¡El Señor libre también a las nuevas generaciones! No nos vamos a entretener con la forma de hacer las cosas, y que el Señor no sea hallado entre nosotros. ¡Que el Señor nos socorra a todos! Si nosotros fuésemos los jueces, estaríamos tentados a apuntarles con el dedo, diciendo: 'Con esos hermanos, yo no me reuniré nunca. No voy a cantar lo que ellos cantan ni voy a leer lo que ellos leen'.

Pero, miremos al Señor en Apocalipsis 3:19. «*Yo reprendo y castigo a todos los que amo*». Aquí, a nosotros nos cuesta entender este amor. Ellos se habían desviado, lo habían perdido todo, se dejaron robar, no tenían vida, no tenían realidad; eran solo apariencia. Sin embargo, el Señor les dice: «*Yo reprendo y castigo a todos los que amo*».

«*Te vomitaré de mi boca (dura represión), pero te sigo amando*». ¡Qué grande es el amor del Señor! Resistamos toda tibieza entre nosotros. Que haya realidad en cada corazón, en cada familia. Que no tengamos un culto dominical y una semana mundana, una canción linda el domingo y, en casa, los esposos no se soportan. Que seamos creyentes no solo en la reunión. En el trabajo, en el negocio, en todo, seguimos siendo la iglesia que ama y adora a su Señor.

Amor que se anticipa

¡Con cuánto amor viene el Señor, anticipadamente, a decirnos qué es lo que él espera encontrar en nosotros! Nos habla en siete palabras: Éfeso, *amor*; Esmirna, *fideli-*
dad; Pérgamo, *santidad*; Tiatira, *su-*
misión; Sardis, *vida*; Filadelfia, *per-*
severancia; Laodicea, *realidad*.

Él busca lo esencial. Cuando el Señor examina las iglesias, espera encontrarse a sí mismo, expresado en estos siete conceptos, que corresponden a Cristo formado en la vida de los creyentes. Que así sea con todas las iglesias. Que el Señor nos libre de toda forma externa con irrealdad interna.

Viene el día del tribunal de Cristo. ¡Qué serio será aquel día! Hoy, usted puede escuchar esta palabra hoy y no ponerle atención, irse a la casa y esperar un nuevo sermón el próximo domingo. Pero, hermanos, viene un día muy serio y definitivo por delante, y el Señor nos advierte anticipadamente.

Dios no va a permitir que quienes dicen ser creyentes, o que algo que dice llamarse iglesia, sea asociado con mecánica frialdad, con pecado, con irrealdad, con obstinación y con muerte. El Señor dejará en claro, ante toda conciencia, lo que es de él y también aquello que no es de él. Es Dios quien está removiendo las viejas estructuras y poniendo de manifiesto la falsedad de las formas, para que los hombres busquen y encuentren realmente al Señor.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Temuco, en Diciembre de 2012.



Nunca hay gran provecho en lidiar con personas inquietas y descontentas. Es mucho mejor dejarlas en manos del Señor, porque en realidad, su controversia es con Él. (*Food for the Desert*).

Es absolutamente necesaria la operación de la gracia de Dios Padre, revelándonos a su Hijo, por medio del Espíritu Santo, para llegar a conocerle realmente.

TEMA DE PORTADA



El conocimiento de la vida eterna

Roberto Sáez

«Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a Jesucristo a quien has enviado» (Juan 17:3).

La vida eterna consiste en el conocimiento del único Dios verdadero y de Jesucristo el enviado de Dios.

El conocimiento de Dios no se obtiene por la vía del intelecto; se requiere una operación de la gracia de Dios para tal efecto. Una doctrina errada en cuanto a Dios y al Señor Jesucristo traerá como consecuencia la pérdida del disfrute de la vida eterna.

Puesto que la vida eterna consiste en el verdadero conocimiento de Dios, sin vida eterna no hay salvación, sino una eterna exclusión de Dios.

Conociendo al Dios único

Existe un solo y único Dios verdadero, el cual coexiste en tres personas distintas, pero unidos por una misma sustancia. Estas tres personas son reveladas en las Escrituras teniendo la vida eterna como naturaleza propia de cada cual. La naturaleza esencial de Dios es la vida eterna que posee, lo que nos permite percibir una unidad en pluralidad de personas.

Ninguna de las tres personas fue originada; de lo contrario, no tendrían como propiedad la vida eterna. Esta coexistencia eterna da testimonio de la calidad de vida

que hay en Dios, lo que hace que Dios sea único. La vida increada es única, pues no hay otros seres que la posean, con excepción de aquellas criaturas humanas a quienes se les ha conferido tenerla por la gracia del Dios que la posee.

En Dios, habiendo tres personas distintas, no hay jerarquía, pues los tres comparten una vida exactamente igual en calidad. Si bien es cierto, cada uno se nos revela en distintas funciones, pero la función no les da una categoría mayor, pues los tres tienen una misma esencia, y esto nos libra de pensar en tres dioses, sino en un Dios único.

Algunas evidencias muestran que el Padre es quien preside, el Hijo quien ejecuta los planes del Consejo Eterno y el Espíritu Santo quien comunica los secretos de Dios.

Consejo eterno

El concepto de *Consejo Eterno de Dios*, apunta a una reunión de personas con autoridad para tomar decisiones. Pedro hace referencia a ese Consejo Eterno: «...a este, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, predestisteis y matasteis» (Hech. 2:23).

Este Consejo Eterno ha existido siempre, antes de todas las cosas, antes de todo lo creado. De ahí salió todo lo creado. El orden del universo, el orden de los tiempos, la creación de los ángeles, la creación

del hombre, todo fue originado en ese Consejo Eterno. Desde allí salió la voz del Padre, en su función de presidir el Consejo: «*Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza*» (Gn. 1:26).

Lo expresado por el Padre es lo que siempre hubo en la esencia de los tres, pues en la naturaleza divina hay un mismo pensamiento, un mismo sentir; lo que uno quiere, lo quiere también el otro; lo que uno dice, lo confirma el otro.

Allí, en el Consejo Eterno, hubo acuerdo unánime, determinaciones y planes en relación a lo que sería creado. La figura central de la creación sería el hombre, destinado a ser configurado a la imagen de Dios, obra maestra de la creación, la corona de toda la creación.

La creación del hombre fue prevista en el espacio y tiempo predefinido por Dios; la caída y la redención también fueron previstas. En el Consejo Eterno se supo que el hombre caería y necesitaría de un Redentor. Por ello, alguien debería encarnarse para ser el Redentor de la humanidad caída.

A este acuerdo, pactado entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, se refiere Pedro en el texto ya citado.

Pacto eterno

Siempre que el Padre preside, lo hace en representación de la Deidad. Él no habla por sí mismo,

sino en el sentir de los tres. No hay contrariedad en las deliberaciones. No hay imposiciones en los acuerdos, sino aceptación de la voluntad divina. A esto hace referencia el Señor Jesús cuando da testimonio de lo pactado en la eternidad: *«Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre»* (Jn. 10:17-18).

Lo pactado con el Padre constituye mandamiento para el Señor Jesús, a lo cual se somete para dar cumplimiento a los acuerdos del Consejo Eterno. El Señor Jesús es el ejecutor de esos acuerdos. El Padre preside, el Hijo ejecuta. Estos dos aspectos resaltan en la revelación de la Palabra escrita de Dios.

La voz presidencial del Padre se oye cuando dice: *«Descendamos y confundamos allí su lengua»* (Gn. 11:7). El Padre toma la iniciativa en la Trinidad para castigar la soberbia de los hombres. Isaías ve la gloria de Dios en el templo y oye la voz presidencial: *«¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?»*, y luego la voz del Ejecutor: *«Heme aquí, envíame a mí»* (Is. 6:8).

Función del Espíritu Santo

El rol del Espíritu Santo es comunicar los acuerdos del Consejo Eterno, sobre la base de lo ejecuta-

do por el Redentor. El Señor Jesús dijo a sus discípulos: *«Tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad, porque no hablará de su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que han de venir»* (Jn. 16:12-13).

El Espíritu Santo es revelado aquí como el comunicador del Consejo Eterno de Dios; por eso, la blasfemia contra el Espíritu Santo no tiene perdón de Dios, pues, quien resiste la comunicación del Espíritu, ¿cómo conocerá lo que Dios le ha dado? Por eso, *«nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo»* (1ª Cor. 12:3b).

La consistencia del conocimiento del Dios único y verdadero es contundente para apreciar que Dios no es un individuo, sino un conjunto de personas viviendo en una belleza de unidad armónica.

Familia de Dios, iglesia de Dios

Lo que se dice de Dios, se dice también de la familia, pues la familia, al igual que Dios, es un conjunto de personas viviendo en unidad. Lo mismo se puede decir de la iglesia, como un conjunto de personas viviendo en unidad. Esto pone un sello a la imagen de Dios en la naturaleza humana; pues aún el hombre no convertido tiene la necesidad de vivir una vida de conjunto; tal es el origen de la vida tri-

bal, la vida en pueblos y naciones, pues el hombre fue hecho para vivir en sociedad.

La iglesia es el lugar donde está el Consejo de Dios en la tierra. Allí está la autoridad para atar y desatar. Allí están *«las sillas del juicio»* (Sal. 122:5).

La sabiduría que recibimos para aconsejar proviene del Consejo Eterno de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo en su obra redentora y la comunicación del Espíritu Santo, que no solo nos comunica los planes eternos, sino que nos imparte la vida eterna de Dios en forma orgánica.

El Espíritu Santo cumple la misión de glorificar a Cristo y comunicar lo que oye del Padre y del Hijo a los santos de Dios, como asimismo persuade al mundo de pecado, de juicio y de justicia, para que procedan al arrepentimiento, apuntando a la vida eterna manifestada en la persona de Jesucristo, *«porque la vida eterna fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó»* (1ª Jn. 1:2)

Los fieles, amados y escogidos de Dios deben reconocer el Consejo de Dios en medio de Su casa y valorar el hecho de que la iglesia se junta para declarar la multiforme sabiduría de Dios a las potestades superiores (Ef. 3:10). La iglesia es la depositaria de los consejos de

Dios y la administradora de los misterios de Dios, revelados por el Espíritu Santo.

Conocimiento de Jesucristo

De acuerdo a lo pactado entre el Padre y el Hijo en el Eterno Consejo de Dios, el Hijo debería venir en forma de hombre –Dios encarnado–, para representar los intereses del Consejo Eterno logrando el cumplimiento de los planes eternos de Dios.

Ya vimos que el Hijo aceptó la encarnación y la entrega de su vida en rescate de los pecadores, no por imposición, sino voluntariamente, en términos de pacto; no por ser inferior, sino siendo co-igual. Era necesario de acuerdo a lo previsto, la encarnación del Hijo para ejecutar el plan de redención.

Esto está registrado maravillosamente en Filipenses 2:5-11. En este sentido, el Hijo no sólo representaría los acuerdos del pacto, sino que vendría en representación de la humanidad para traerlos de vuelta hacia Dios, para rescatarlos de su caída, salvándolos, a fin de conducirlos a la gloria.

A fin de salvar a los hombres, el Hijo asumió la naturaleza humana. Al asumir ésta, él tendría que vivir de una manera humanamente perfecta, y pudo hacerlo, porque en él no había pecado y era imposible que el pecado lo tentara al punto de hacerlo pecar.

El conocimiento de Dios no se obtiene por la vía del intelecto; se requiere una operación de la gracia de Dios para tal efecto.

No hay forma de separar la naturaleza humana de la naturaleza de Cristo. Lo que viene del Salvador no se sabe si es divino o humano; lo absoluto es que viene de una sola persona – Jesucristo el Salvador. En él, hay dos naturalezas en una persona; en tanto que, en la Trinidad, hay tres personas en una misma naturaleza.

Entre los acuerdos pactados, el Hijo tendría que asumir la condenación de los pecadores representados en él; tendría que asumir el castigo de toda la humanidad, morir en representación de todos los hombres, mayormente de aquellos que habrían de creer en él.

Hebreos 5:7 describe los padecimientos de Cristo en el momento de asumir la muerte de los pecadores: «Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente».

¿De qué muerte pedía Cristo ser librado? No era la muerte física, pues ésta estaba totalmente asumida. Cuando puso su rostro como pedernal para ir a Jerusalén, y Pedro trata de evitarlo, Jesús reprende al espíritu del diablo que quiere impedirle la muerte física.

Cuando, orando al Padre, le dice: «Ahora está turbada mi alma ¿y qué diré? ¿Padre sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora» (Jn. 12:27), él sabía para qué había llegado a esa hora – para morir físicamente por los pecadores. Entonces, ¿de qué muerte pedía ser librado? De la muerte espiritual, de la separación eterna que el ser humano tenía a causa de la condenación por sus pecados, «la muerte segunda», que consiste en quedar separado de Dios, pues la muerte en todas sus formas es *separación*.

Es a esta muerte a la que Jesús temía; pues, en toda la eternidad, él jamás se había separado del Padre ni por un instante. Siendo omnisciente, no había experimentado la separación del Padre. El Padre y el Hijo habían vivido eternamente –«en esto consiste la vida eterna»– en una unión esencial. Para redimirnos, él tenía que representarnos en toda nuestra humanidad, sin dejar ningún aspecto legalmente representado; de lo contrario, no hubiera podido salvarnos.

El Cordero inmolado

El día en que Jesús murió, el cielo se oscureció durante tres horas. Fue el tiempo en que el Padre se

separó por primera y única vez del Hijo.

Hay quienes piensan que la relación de Padre e Hijo es temporal, y que comenzó cuando el Hijo fue encarnado en María. Sin embargo, las Escrituras dan cuenta de una relación eterna entre el Padre y el Hijo. El dolor de la separación es algo espantoso; no podemos dimensionarlo, sólo imaginarlo; pero no sería tan doloroso si la relación del Padre y del Hijo fuera temporal y no eterna.

Ese día, de acuerdo a Flavio Josefo, debían morir en Jerusalén 256.000 corderos. Lo más probable es que ese día murió un solo Cordero (debido a la oscuridad) pues los otros eran solo símbolos de la gestión redentora que efectuaría el Enviado de Dios, dejando atrás los rituales simbólicos para dar paso a la realidad de Jesucristo.

En todos los pactos de Dios intervino muerte en aquello que fue pactado. La versión Reina-Valera, traduce mal el texto: «...*porque donde hay testamento, es necesario que intervenga muerte del testador*» (Hb. 9:16). El testador es el Padre, y el Padre no es quien murió sino el Hijo. La traducción correcta sería que, para que los herederos de lo pactado reciban la heredad, es necesario que intervenga muerte en aquello que fue pactado.

La noche que iba a ser entregado, Jesús celebró el cumplimiento

del Pacto Eterno. Horas más tarde, en el Getsemaní, él pidió que el Padre lo volviera a aquella gloria que había tenido con él antes de la fundación del mundo —otra prueba de la eternidad de la relación entre el Padre y el Hijo—, porque había acabado la obra que el Padre le había encomendado.

Títulos de Cristo

En las Escrituras, los títulos del Señor Jesucristo son una revelación contundente de quién es esta persona tan gloriosa. Se señala que Jesús tiene 252 títulos en toda la Biblia; otros eruditos dicen que son muchos más.

Esos títulos revelan quién es la persona y cuál es la obra de nuestro Señor Jesucristo. El texto que ahora estamos comentando, «*Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado*» (Juan 17:3), señala que la vida eterna consiste en conocer a Dios, el Dios único y verdadero, y a Jesucristo, el Enviado de Dios.

Precisamente, este título de Jesús, el *Enviado* en castellano —en griego, el Cristo, en hebreo, el Mesías—, da cuenta de la misión pactada en la eternidad entre el Padre y el Hijo.

Otro título asociado con esta misión es el de *Apóstol*. Jesús es el único apóstol que vino siendo él la luz, para alumbrar a los que está-

bamos en tinieblas. Los demás apóstoles vinieron de las tinieblas a la luz. ¡Cuán importante es conocer los títulos de Cristo para conocer su persona y su obra!

Isaías 9 señala varios títulos de Cristo, que nos revelan Su participación en el Consejo Eterno de Dios. «*Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz*» (Is. 9:6).

La versión portuguesa de Joao de Almeida, dice: «*Maravilloso Consejero*». Esto, implícitamente, da a entender la participación de Cristo en el Consejo Eterno de Dios. El título de «*Padre Eterno*», es por representar los acuerdos del Consejo, donde el Padre habla en representación de los tres. «*Dios Fuerte*», pone en evidencia la fortaleza de Jesús en cuanto a su humanidad y divinidad, que «*no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse*» (Fil. 2:6) Demostró ser fuerte, porque se despojó de la forma de Dios para asumir nuestra humanidad, sin dejar de ser Dios.

«*Príncipe de Paz*» es un título que revela cómo Cristo estableció la paz entre Dios y los hombres y eso, asumido desde la eternidad.

Comunión eterna

También estos títulos ponen en evidencia la preexistencia de Cristo y la comunión eterna con Dios

el Padre, haciendo resaltar la calidad de la obra que fue consumada sobre la base de la calidad de la Persona que la realizó.

Jesucristo es la vida eterna manifestada; él es la vida de Dios encarnada. La vida suprema, increada, vino para acercarnos a la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Agradó a Dios darse a conocer, manifestando su vida eterna en la encarnación de Jesucristo.

Cristo nos mostró la forma de la vida eterna diciendo: «*Creedme que yo soy en el Padre y el Padre en mí*» (Jn. 14:11). En estas palabras se encuentra la revelación de la vida eterna en cuanto a su forma: consiste en que uno está contenido en el otro – el Hijo siempre estuvo contenido en el Padre y el Padre siempre contenido en el Hijo.

El Espíritu Santo, procedente del Padre y del Hijo, indica que el Espíritu habitaba en el Padre como en el Hijo. Las personas de la Trinidad han vivido una vida intratrinitaria eternamente, han vivido el uno hacia adentro del otro.

En Juan 17, en su oración sacerdotal, Jesús oró pidiendo que aquellos que habían creído en su misión, que habían creído que él había venido del Padre, vivieran de la misma manera como ha vivido la Trinidad, «*para que todos –los que habían creído en él y en su misión– sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y*

yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros» (Jn. 17:21).

Cristo revelado

Aunque esta es una revelación registrada en la Biblia, ella no es experimentada solo por leerla o memorizarla. Es necesario que el mismo Padre nos revele al Hijo y, a la vez, que el Hijo nos revele al Padre. De lo contrario, todo lo que sepamos de Dios y de Jesucristo es mera letra.

Es absolutamente necesaria la operación de la gracia de Dios para conocerle: «*Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste*

estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó ... Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar» (Mt. 11:25-27).

Es mi oración que estas palabras aporten un enfoque hacia el conocimiento de Dios y del Señor Jesucristo, con el fin de disfrutar la vida eterna de Dios, especialmente para aquellos a quienes ya les ha sido revelado el secreto de la vida eterna, pero necesitan crecer en el conocimiento de Dios y del Señor Jesucristo.



La lengua

«*El que guarda su boca y su lengua, su alma guarda de angustias*» (Prov. 21:32).

Las personas hablan, como promedio, de 20 a 25 mil palabras por día. Pasamos aproximadamente la quinta parte de nuestra vida hablando. En un solo día, una persona dice suficientes palabras para llenar un libro de 50 páginas. En un año, estas palabras completarían 132 libros con 400 páginas cada uno.

Desde que una persona dice el primer "Buenos días" en la mañana, hasta que dice el último "Buenas noches" al acostarse, entabla aproximadamente treinta conversaciones.

¡Tantas palabras! Verdaderamente, debemos guardar nuestra boca y nuestra lengua. No podemos retirar ninguna de nuestras palabras, aunque podemos arrepentirnos de algunas de ellas y pedir perdón.

Un poeta anónimo ha expresado de manera acertada la importancia de cada una de esas 25 mil palabras:

Una palabra imprudente puede provocar un conflicto.

Una palabra cruel puede la vida destrozarse.

Una palabra mordaz puede inculcar el odio.

Una palabra brutal puede golpear y matar.

Una palabra de gracia puede allanar el camino.

Una palabra de gozo puede el día iluminar.

Una palabra en el momento oportuno puede disminuir la tensión.

Una palabra amorosa puede bendecir y sanar.

(Lonni Peachy, en «Junto a aguas de reposo»).

El mantener una buena conciencia hacia Dios día a día es esencial para la vida de la fe.

LEGADO

El Espíritu Santo y la conciencia

Andrew Murray

La gloria más excelsa de Dios es su santidad, en virtud de la cual él aborrece y destruye al mal, y ama y obra el bien. En el hombre, la conciencia tiene el mismo trabajo: condenar el pecado y aprobar lo recto. La conciencia es lo que permanece de la imagen de Dios en el hombre, el rasgo más cercano de lo divino en éste, el guardián del honor de Dios en medio de la ruina causada por la caída. Por consiguiente, la obra redentora de Dios debe comenzar siempre con la conciencia.

El Espíritu de Dios es el Espíritu de Su santidad; la conciencia es una chispa de la santidad divina. La armonía entre la obra del Espíritu Santo, de renovar y santificar al hombre, y el trabajo de la conciencia, es la más íntima y esencial.

El creyente que será lleno del Espíritu Santo y experimentará al máximo las bendiciones que Él tiene para entregar, debe en primer lugar procurar dar a la conciencia el lugar que a ella le pertenece. La fidelidad a la conciencia es el primer paso en el camino de la restauración de la santidad de Dios. Una conciencia seria será el ci-

miento y la característica de la verdadera espiritualidad.

Puesto que el trabajo de la conciencia es dar testimonio de nuestra conducta de acuerdo con nuestro sentido del deber y hacia Dios, y la obra del Espíritu es testificar agradando a Dios de nuestra fe en Cristo y nuestra obediencia a él, ambos testimonios, del Espíritu y de la conciencia, llegarán a ser cada vez más idénticos a medida que la vida cristiana progresa. Sentiremos la necesidad y la dicha de decir con Pablo, con respecto a toda nuestra conducta: *«Mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo»*.

La conciencia se puede comparar a la ventana de un cuarto, a través de la cual brilla la luz del cielo, y por la cual podemos mirar fuera y ver el cielo con toda su luz brillando. El corazón es la recámara en la cual mora

«Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo ... El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios» (Rom. 9:1; 8:16).

nuestra vida, nuestro ego o nuestra alma, con sus poderes y afectos. En las paredes de esa cámara está escrita la ley de Dios. Aun en el incrédulo, ella es legible en parte, aunque tristemente oscurecida y desfigurada. En el creyente, la ley es escrita de nuevo por el Espíritu Santo, en letras de luz, que a menudo al comienzo son débiles, pero crecen en claridad y resplandecen con mayor brillo a medida que son expuestas libremente a la acción de la luz.

En cada pecado que cometemos, aquella luz que brilla lo manifiesta y condena. Si el pecado no es confesado y abandonado, la mancha permanece, y la conciencia es contaminada, porque la mente rechazó la enseñanza de la luz (Tit. 1:15). Y así, con un pecado tras otro, la ventana se vuelve más oscura, hasta que la luz puede apenas brillar, y el cristiano puede pecar sin ser perturbado, con una conciencia cegada en gran parte y sin sensibilidad. En su obra renovadora, el Espíritu Santo no crea nuevas facultades: él renueva y santifica aquellas que ya existen.

La conciencia es la obra del Espíritu del Dios creador; el primer cuidado del Espíritu de Dios el Redentor es restaurar lo que el pecado ha contaminado. Es solo restaurando la conciencia a la acción completa, y revelando en ella la gracia maravillosa de Cristo, 'el Espíritu dando testimonio a nuestro Espíritu', que él capacita al creyente para vivir una vida en la luz plena del favor de Dios. Es cuando la ventana del corazón que mira hacia el cielo es despejada y mantenida limpia, que podemos andar en la luz.

La obra del Espíritu en la conciencia es triple. A través de la conciencia, el Espíritu permite que la luz de la santa ley de Dios brille en el corazón. Un cuarto podría tener sus cortinas, y aun sus visillos cerrados, pero esto no puede impedir al relámpago brillar de vez en cuando en la oscuridad.

La conciencia podría estar tan manchada y cauterizada por el pecado que el hombre fuerte podría morar en ella sin ser molestado. Cuando el resplandor desde el Sinaí brilla en el corazón, la conciencia se despierta, y está de inmediato dispuesta a confesar y soportar la condenación. Ambas, la ley y el evangelio, con su llamado al arrepentimiento y su convicción de pecado, apelan a la conciencia. Y no es sino hasta que la conciencia ha aceptado el cargo de transgresión e incredulidad que la liberación puede llegar verdaderamente.

De la misma manera, es por la conciencia que el Espíritu hace brillar la luz de la misericordia. Cuando las ventanas de una casa están sucias, necesitan ser lavadas. «¿Cuánto más la sangre de Cristo ... limpiará vuestras conciencias?» (Heb. 9:14).

El objetivo completo de la preciosa sangre de Cristo es llegar hasta la conciencia, silenciar sus acusaciones, y limpiarla, hasta que pueda testificar que toda mancha es removida y que el amor del Padre fluye en Cristo en un resplandor sin nubes dentro del alma. «...purificados los corazones de mala conciencia» (Heb. 10:22), éste debe ser el privilegio de todo creyente, y llega a serlo cuando la conciencia aprende a decir Amén al mensaje divino del poder de la sangre de Jesús.

La conciencia que ha sido limpia en la sangre, debe ser conservada limpia por el caminar en la obediencia de la fe, con la luz del favor de Dios brillando en ella. La conciencia también debe decir Amén a la promesa del Espíritu que habita en el interior, y a su compromiso de conducir en toda la voluntad de Dios, y testificar que Él lo hace.

El creyente es llamado a caminar en humilde ternura y vigilancia, no sea que en cualquier cosa, incluso pequeña, la conciencia le acuse por no haber hecho lo que él sabía que era lo correcto, o hacer aquello que no provenía de la fe. Él no debería alegrarse con nada menos que el testimonio gozoso de Pablo: *«Porque nuestra gloria es esta: el testimonio de nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo»* (2ª Cor. 1:12. Comparar con Hch. 23:1, 24:16; 2ª Tim. 1:3).

Noten bien estas palabras: *«Nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia»*. Cuando la ventana es mantenida limpia y brillante mediante nuestro morar en la luz, podemos tener comunión con el Padre y el Hijo, el amor del cielo brilla despejado, y nuestro amor crece con la confianza de un niño. *«Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus man-*

damientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1ª Juan 3:21, 22).

El mantener una buena conciencia hacia Dios día a día es esencial para la vida de la fe. El creyente debe tener esto como objetivo, y no debe estar satisfecho con nada menos que esto. Él debería asegurarse de que esto esté dentro de su alcance.

Por la fe, los creyentes en el Antiguo Testamento tuvieron testimonio de haber agradado a Dios (Hebreos cap. 11). En el Nuevo Testamento, esto es puesto ante nosotros, no sólo como un mandamiento a ser obedecido, sino también como una gracia a ser forjada por Dios mismo. *«...para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder»* (Col. 1:10). *«...os haga aptos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él»* (Heb. 13:21).

Cuanto más buscamos este testimonio de la conciencia de que estamos haciendo lo que agrada a Dios, más sentiremos libertad, con cada falla que nos sorprenda, de mirar de inmediato a la sangre que limpia siempre, y más fuerte será nuestra seguridad de que los pecados que moran en nosotros, junto con todas sus obras que son aún nos son desconocidas, son cubiertos también por esa Sangre.

**La fidelidad a la conciencia es el primer paso
en el camino de la restauración de la santidad de Dios.**

La sangre que ha rociado la conciencia habita y actúa allí en el poder de la vida eterna que no conoce ninguna interrupción, y del sacerdocio inmutable que salva totalmente. «*Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado*» (1ª Juan 1:7).

La causa de la debilidad de nuestra fe se debe en gran parte a la falta de una conciencia limpia. Identifíquemos bien con cuanta cercanía Pablo las conecta en 1ª Timoteo: «...*el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida*» (1:5). «...*manteniendo la fe y buena conciencia, desechando la cual naufragaron en cuanto a la fe algunos*» (1:19). Y especialmente 3:9): «*que guarden el misterio de la fe con limpia conciencia*».

La conciencia es el asiento de la fe. Aquel que crece fuerte en la fe, y tiene confianza en Dios, debe saber que está agradando al Padre (1ª Juan 3:21, 22). Jesús dijo claramente que es para quienes le aman y guardan sus mandamientos que está guardada la promesa del Espíritu, con el Padre y el Hijo morando en su interior, el habitar en su amor, y el poder en la oración.

¿Cómo podemos proclamar confiadamente estas promesas, a menos que con una simplicidad infantil nuestra conciencia pueda testificar que cumplimos con las condiciones? Oh, aquí la iglesia puede levantarse a la altura de su llamamiento santo como interesadora, y apelar a estas promesas ilimitadas que están realmente a su alcance. Los creyentes tendrán que acercarse al Padre, glorificándole, como Pablo, en el testimonio de su conciencia,

pues, por la gracia de Dios, ellos están caminando en santidad y sinceridad.

Deberá ser evidente que esta es la humildad más profunda, y traerá mayor gloria a la gratuita gracia de Dios abandonar la idea humana de lo que nosotros podemos lograr, y aceptar la declaración de Dios, de lo que él desea y promete, como el único estándar de lo que debemos ser.

¿Y cómo alcanzar esta vida bendecida, en la cual es posible a diario apelar a Dios y a los hombres como Pablo: «*Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo*»? El primer paso es: Inclínate muy bajo delante lo que la conciencia reprueba. No te conformes con una confesión general, porque hay muchas cosas que están incorrectas.

No confundas la transgresión real con los actos involuntarios de la naturaleza pecaminosa. Si ésta última va a ser conquistada y muerta por el morar interior del Espíritu, deberías antes tratar con la primera. Comienza con algún pecado individual, y dale tiempo a la conciencia en sumisión silenciosa y humillación para reprobear y condenar. Di a tu Padre que en esto, por Su gracia, vas a obedecer.

Acepta de nuevo la oferta maravillosa de Cristo para tomar plena posesión de tu corazón, para habitar en ti como Señor y Guardador. Confía en él por su Espíritu Santo para hacer esto, aún cuando te sientas débil y desamparado. Recuerda que la obediencia, el tomar y guardar las palabras de Cristo en tu voluntad y vida, es la única manera de probar la realidad de tu entrega a él, o tu interés en su trabajo

y su gracia. Y sométete en fe, que por la gracia de Dios serás ejercitado siempre para tener una conciencia libre de ofensa hacia Dios y hacia el hombre.

Cuando hayas iniciado esto con un pecado, procede con otros, paso a paso. Si eres fiel en mantener una conciencia pura, la luz brillará con más resplandor del cielo en el corazón, descubriendo pecados que no habías notado antes, trayendo hacia fuera claramente la ley escrita por el Espíritu que no habías sido capaz de leer. Anhela ser enseñado; confiando en que el Espíritu enseñará. Cada esfuerzo honesto de mantener la conciencia limpia por la sangre, en la luz de Dios, será resuelto con la ayuda del Espíritu. Solo apóyate con todo tu corazón y enteramente a la voluntad de Dios y al poder de su Espíritu Santo.

Si te inclinas de esta forma ante la represión de la conciencia, y te entregas por completo a la voluntad de Dios, tu valor se fortalecerá y te será

posible tener tu conciencia limpia de ofensas. El testimonio de la conciencia, en cuanto a lo que estás haciendo y lo que harás por gracia, será completado por el testimonio del Espíritu en cuanto a lo que Cristo está haciendo y hará.

Con simplicidad infantil buscarás comenzar cada día con una simple oración: 'Padre, ahora no hay separación entre tú y yo y tu Hijo. Mi conciencia, divinamente limpiada en la sangre, me da testimonio. No permitas siquiera que la sombra de una nube empañe este día. En todo haga yo tu voluntad; tu Espíritu, que mora en mí, me guíe y me haga fuerte en Cristo'. Y entrarás en esa vida que se gloria en la libre gracia solo cuando digas al final de cada día: *«Nuestro gloriarnos sea éste, el testimonio de nuestra conciencia, que en santidad y sinceridad divina, por la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo ... Mi conciencia me es testigo en el Espíritu Santo»*. Amén.



Leproso, pero sabio

– ¡Señor, te bendigo porque me permitiste ser un leproso!

Una enfermera, extrañada, le protestó:

– Pero, ¿cómo puedes dar gracias a Dios por una desgracia así?

– Porque por ella vine al hospital de la Misión y hallé a mi Salvador, y voy al cielo a vivir con el que tanto nos amó. (*500 Ilustraciones*).

Dios en nuestro corazón

Un día viajaba en Londres en un ómnibus que estaba a oscuras. Vino un hombre a examinar nuestro boletos, y me dijo a mí mismo: "Este hombre no podrá ver nunca si perfora los boletos en el lugar debido".

Observándolo con curiosidad, noté que se tocó un resortito en el pecho y que brilló en un pequeño globo de cristal una hermosa luz eléctrica. Por supuesto que aquel hombre podía ver en todas partes, porque llevaba la luz con él. De la misma manera, cuando el corazón está lleno de Dios, lo encontraremos a Él en todas partes. (*F.B. Meyer*).

Malaquías

A.T. Pierson

Palabra clave: Robo

Versículo clave: 3:8

Malaquías significa «Mi mensajero». Este profeta fue enviado a denunciar las prácticas que deshonraban a Dios y a su culto, y para fortalecer las manos de Nehemías. Su mensaje cierra el Antiguo Testamento. Luego, a través de cuatro siglos de silencio, él apunta a otro mensajero que debería preparar el camino del Señor y el advenimiento del propio Señor, el mayor de entre todos los mensajeros, el «Ángel del Pacto».

Esta profecía, posterior a la de Hageo, pertenece al periodo de Nehemías (440-4210 a. C.), para quien Malaquías fue lo que Hageo y Zacarías fueron para Zorobabel. En su forma, esta profecía es un diálogo: la reprensión del profeta es contestada, lo que lleva, a su vez, a reprensiones aún más vehementes.

El robo a Dios es la triste nota del libro. La idolatría había desaparecido, pero el formalismo y la hipocresía habían tomado su lugar. El pueblo retenía aquello que se le debía a Dios, o pagaban sus obligaciones santas con ofrendas sin valor. Los pobres también eran robados, y el profeta fustiga tanto a los sacerdotes como al pueblo.

El formalismo vacío y el escepticismo, hallados aquí, son el origen del fariseísmo y del saduceísmo, que llegaron a su apogeo en los días del Señor.

El amor y la ira son dos aspectos distintos del mismo carácter de Dios. Y, por tanto, en este libro de advertencias encontramos la corona de las promesas del Antiguo Testamento (3:10). Entretanto, la última palabra del Anti-

guo Testamento es *maldición*. La ley y los rituales, el exilio y su disciplina, el sacerdocio y la profecía, no pudieron anular la maldición: era necesaria una revelación más plena de la gracia.

El silencio profético se extiende desde Malaquías hasta Juan el Bautista, dejando totalmente claro que la profecía estaba completa siglos antes de los eventos anunciados. Sin embargo, hay una conexión notable entre los dos testamentos: los últimos personajes en las páginas inspiradas de Malaquías y los primeros en las páginas inspiradas de Mateo son el Ángel del Pacto y su Precursor.

Divisiones:

1. 1:1-1:5. Palabra introductoria del Señor.
2. 1:6-2:9. Reprensión a los sacerdotes.
3. 2:10-2:16. Reprensión del divorcio y la infidelidad.
4. 2:17-3:6. El Mensajero venidero.
5. 3:7-3:12. Diezmos y ofrendas.
6. 3:13-4:6. El día venidero del Señor.

Aunque las Sagradas Escrituras son un relato literal e histórico; con todo, por debajo de la narración, hay un significado espiritual más profundo.

BIBLIA

Símbolos y tipos en la vida de Moisés

A.B. Simpson

La arquilla en el Nilo

Lo primero que nos llama la atención en el libro de Éxodo es el arca de fe, como podríamos llamarla, el pequeño vehículo al que una madre judía confió todas sus esperanzas y las de su pueblo en aquella hora extrema y terrible; y de la cual Dios trajo, por medio de su siervo escogido, la esperanza y la libertad de la iglesia.

Este retrato de Moisés y su rescate es la palabra real de toda la historia del libro del Éxodo, y todo lo que significa; a saber, la obra de la redención. La palabra *Éxodo* significa «sacado», y *Moisés* significa también «sacado». Así que el Éxodo nos cuenta cómo fueron sacados de Egipto los hijos de Israel y de esta manera nosotros somos sacados del Egipto del pecado. Moisés es la figura de su liberación y de la nuestra; y así su nombre es expresivo de toda la historia del Éxodo.

Moisés también fue condenado a muerte por el cruel e inexorable decreto de Faraón, y fue puesto en el altar de la muerte por su madre con manos temblorosas. Fue entregado a la muerte, y para ella era como si hubiera muerto realmente, como si lo hubie-

ran quitado de sus brazos y lo hubieran enterrado. Y entonces le fue devuelto, como Isaac también fue devuelto de los muertos a su padre. Así pasa a ser símbolo de la muerte y la resurrección.

Hay una prueba antes de toda bendición. Hay una cruz por todas partes, y hay una corona al otro lado; y solo en la vida de fe podemos entrar en el misterio de la obra de Dios. El pequeño Moisés ha de morir y ser devuelto a su pueblo, como Cristo ha de ser crucificado y resucitar después; y

«Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían» (Luc. 24:27).

«Este Moisés es el que dijo a los hijos de Israel: Profeta os levantaré el Señor vuestro Dios de entre vuestros hermanos, como a mí; a él oiréis. Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos» (Hech. 7:37-38).

Las mismas cosas que son difíciles de sufrir pasan a ser un andamio para edificar el templo de Dios, sin el cual el Señor no habría cumplido sus propósitos.

tu vida ha de ser puesta sobre el altar si has de subir en el poder de resurrección. Por ello, la historia de Moisés es la parábola de la resurrección, la redención y la vida cristiana.

Al entregar aquello que nos es tan querido, es necesario tener fe. No podemos hacerlo a menos que confiemos en Dios. Esta madre no hubiera podido depositar a su hijo en el seno del Nilo si no hubiera pensado que la mano de Dios lo sostenía y el poder de Dios iba a librarlo.

Es realmente algo que hemos de preguntarnos si Abraham habría podido entregar a Isaac, como hizo, si no hubiera tenido fe. Glorifica el acto el saber que Abraham creía que Isaac, de alguna forma, le sería devuelto, aunque fuera después de muerto. Fue la fe lo que le hizo posible el ir a través de la muerte. Fue el gozo que tenía puesto delante de Él lo que hizo posible a Jesús el soportar la cruz y menospreciar el oprobio.

Y así, Dios no nos toma como sacrificios ciegos o nos pone a muerte en una especie de entrega o rendición sin esperanza, brutal, sino que nos da el conocimiento bendito que estamos en las manos del amor infinito, y que aunque no podamos ver cómo, con todo, Dios no tiene para nosotros más que bendición y un final de mayor gozo y servicio y cosas que llegarán a la eter-

nidad para su gloria y el bien de otros.

Lo mismo fue aquí; el pequeño Moisés, guardado en su hogar, habría perecido. El pequeño Moisés, en el Nilo, vive todavía en su obra, y ha pasado a ser el líder de fe de millones que han seguido sus pasos. Y así, las manos que se retraen y retienen lo que Dios nos reclama, son crueles, insensatas; y tu vida verdadera y la vida verdadera de ellos ha de yacer en el ejemplo de esta antigua madre. Pongámoslo todo a sus pies, y la eternidad va a desplegar ante ti a razón de ciento por uno.

Además, no solo vemos fe aquí, sino que vemos la providencia de Dios que se hace cargo de las cosas que no podemos guardar, y retiene las cosas de las cuales no podemos tener cuidado. No andamos en las tinieblas; hay ojos por encima de nosotros, alrededor y por los lados, que no se adormecen ni duermen.

Dios puede hacerse cargo de las mismas cosas que tú temes más; él puede tomar las mismas cosas que te parten el corazón, puede tomar las mismas cosas que te parecen ser tus enemigos y hacer de ellas ocasiones para tu liberación e instrumentos de tu mayor bendición.

La pobre Jacobed estaba quizás obsesionada por el temor del cruel Faraón y su hija; pero pudo ver que ellos

eran los instrumentos de bendición. Lo mismo que parecía condenar al hijo a muerte, hizo de él el hijo de un rey. Y el mismo río al que lo consignó, y por el cual parecía que había de ser anegado, lo llevó a ser el legislador del mundo cuando antes era un esclavo hebreo.

Las mismas cosas que son difíciles de sufrir pasan a ser un andamio para edificar el templo de Dios, sin el cual el Señor no habría cumplido sus propósitos.

Y aquí pasa lo mismo que en la historia de José. De la cárcel pasó a príncipe. Y Moisés, cuya muerte había sido

decretada, fue colocado sobre las aguas, salvado, y pasó a ser el instrumento de Dios para salvar a Su pueblo.

¡Oh, confiemos en la Providencia inescrutable, que está tan llena de misterio para muchos, y que esconde, tras las pruebas y la disciplina, planes y propósitos de amor y de sabiduría!

Y así, mediante esta arquilla, aprendamos el secreto de la confianza; y que nuestras manos temblorosas coloque todo lo que nos es caro en los brazos infinitos, para que lo guarden; y con corazones maravillados veremos lo sabia y fuerte que es Su mano.



La muralla de nieve

En enero de 1814, la población de Schleswig-Holstein vivió en el terror porque sabía que el ejército ruso se estaba acercando. Las tropas enemigas hacían grandes estragos a su paso. Una mujer que amaba a Dios oró insistentemente para que su casa fuese protegida como por una muralla. Antes de acostarse, se puso a cantar el conocido himno *Castillo fuerte*.

Su hijo había oído la oración, y exclamó:

– ¡Mamá, no hay que pedir lo imposible!

– Para Dios todo es posible – respondió ella.

Luego se fueron a dormir. Al amanecer, un gran ruido los despertó. Los soldados habían llegado al pueblo, entraban en todas las casas y las asaltaban. ¡Pero nadie entró en la suya! Poco a poco, los ruidos disminuyeron y el enemigo se alejó.

¿Cómo habían sido protegidos? Durante la noche había caído una nieve espesa y, empujada por el viento del norte, se había acumulado delante de la puerta, escondiéndola completamente. ¡Dios les había enviado una muralla de nieve! (*La Buena Semilla*).

Con el perdón en el bolsillo

Recuerdo haber oído acerca de un hombre que estaba en un juicio por su propia vida. Tenía amigos influyentes que procuraron el perdón delante del rey, con la condición de que él pasara por el juicio y fuera condenado.

El hombre fue a la corte con el papel del perdón firmado por el rey, en el bolsillo. La opinión pública estaba en contra de él, y el juez decía que el tribunal estaba asombrado de cuán impávido se veía el acusado.

Cuando la sentencia fue pronunciada, él sacó del bolsillo la declaración del rey, la presentó... y salió caminando como hombre libre. Y nosotros también lo hemos sido. (*D.L. Moody, «El camino hacia Dios»*).

Madrugar

Watchman Nee

¿Por qué debemos madrugar?

Lo que ahora deseamos exponer frente a los nuevos creyentes es muy simple: debemos levantarnos temprano de nuestra cama todos los días.

Permítanme citar las palabras de Miss Groves, una colaboradora de Miss Margaret Barber, que nos ha ayudado grandemente. Ella decía que la primera elección que da evidencia de nuestro amor al Señor es la elección entre nuestra cama y el Señor. Si tú decides amar más tu cama, duerme cuanto quieras; pero si escoges amar más a tu Señor, te levantarás más temprano. Ella me habló estas palabras en 1921, pero aún hoy día siento la frescura de ellas. Sí, un hombre tiene que elegir entre la cama y el Señor. Si tú amas más tu cama, duerme a pierna suelta; pero si amas más al Señor, debes levantarte de madrugada.

Muchos de los siervos de Dios en la Biblia tenían el hábito de levantarse temprano. El maná debe ser recolectado antes de que se levante el sol. Todo aquel que quiera comer el alimento que Dios le ha prometido deberá madrugar. Cuando el sol calienta, el maná se derrite, y entonces no quedará nada.

Todo nuevo creyente necesita saber que, para recibir el alimento espiritual

de parte de Dios, para obtener el sustento espiritual, para crecer espiritualmente y para disfrutar de la comunión espiritual, él tiene que levantarse un poco antes. Si se levanta tarde, perderá su sustento. La vida cristiana débil que prevalece entre los hijos de Dios hoy se debe menos a algún problema espiritual serio que al hecho de levantarse demasiado tarde. Por lo tanto, no consideremos esto como una cuestión pequeña. El problema espiritual de muchos reside realmente en su negligencia en levantarse temprano por la mañana.

Es como si, por la mañana temprano, antes del alba o apenas comienza a amanecer, Dios dispensara su provisión de alimento espiritual y santa comunión a sus hijos. Quien se levanta tarde, pierde aquello. Muchos de los hijos de Dios no tienen problemas en la consagración, el celo y el amor, y sin embargo no pueden ser buenos cristianos por el hecho de levantarse tarde. El madrugar tiene mucho que ver

«Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas» (Sal. 63:1).

con la vida espiritual. Nunca he encontrado a un guerrero de oración que se levante tarde, ni he conocido a una persona cercana al Señor que se levante tarde. Todos aquellos que conocen a Dios por lo menos se presentan ante él al romper el alba.

«Como la puerta gira sobre sus quicios, así el perezoso se vuelve en su cama» (Prov. 26:14). En su cama, el perezoso es como una puerta que gira sobre sus bisagras. Él dará vueltas en su lecho, pero nunca lo dejará. Él girará a un lado y otro, pero, con todo, permanecerá acostado. Muchas personas simplemente se aferran a sus camas. ¡Vuelos hacia un lado, ellos encuentran la cama encantadora; dando vuelta al otro lado, todavía la hallan deliciosa! Les encanta dormir, dormir un poco más y rezagarse más en la cama. Sin embargo, hermanos y hermanas, si ellos desean servir a Dios, ellos deben levantarse temprano cada día.

Quien se proponga ante Dios levantarse de madrugada, pronto experimentará un múltiple beneficio espiritual. Su oración en otro momento del día no se puede comparar con su oración al alba. Su estudio de la Biblia en otras horas no se puede igualar al de aquella hora; y su comunión con el Señor en otro momento nunca es tan dulce como al amanecer. Recuerde bien que la alborada es el mejor tiempo del día. Deberíamos presentar nuestro mejor tiempo a Dios, no a los hombres o a los asuntos del mundo. Es un necio aquel que gasta su jornada completa en el mundo y después, al anochecer, cuando está agotado, se arrodilla a orar y a leer la Biblia antes de irse a la cama. ¿Quién puede asom-

brarse de que su oración, su estudio de la Biblia y su comunión con el Señor sean defectuosos? Su problema es el hecho de levantarse demasiado tarde por la mañana.

Qué hacer después de levantarse temprano

Nuestro objetivo no es solo que la gente se levante temprano. Estamos buscando el valor espiritual y el contenido espiritual. Entonces, aquí hay algunas cosas que las personas deben hacer después de levantarse:

1. Tener comunión con Dios

Los hombres se levantan temprano por la mañana con el fin de tener comunión con el Señor. «*Levntémonos de mañana a las viñas ... Allí te daré mis amores*» (Cant. 7:12). Siendo la mejor hora del día, debería ser ocupada en tener compañerismo con Dios, en esperar tranquilamente delante de él, en meditar en su presencia, en recibir la dirección de Dios, y en permitir que él nos hable, y nuestros espíritus estén abiertos a él.

La comunión significa tener nuestro espíritu abierto para Dios. Cuando el espíritu humano se abre a Dios, entonces la mente es abierta. Esto da a Dios oportunidad para dar luz, para proveer una palabra, para dar un toque de vida; también da al alma el privilegio de aprender a tocar a Dios, meditar y contemplar, y para elevar el corazón a Dios. Esto es, en pocas palabras, la comunión con Dios.

2. Cantar y alabar

La hora matinal es la mejor hora para cantar alabanzas al Señor. Pode-

mos elevar nuestras bendiciones más altas en la hora de la mañana.

3. *Buscar el sustento delante de Dios*

Éste es el tiempo de recolectar nuestro maná. ¿Cuál es nuestro maná? Por supuesto, el maná señala a Cristo, pero éste no es nuestro énfasis aquí. Es la palabra de Dios de la cual disfrutamos a diario y a través de la cual recibimos fortaleza para caminar en el desierto. El maná es el alimento en el desierto y tiene que ser recogido temprano por la mañana. ¿Cómo puede alguien estar satisfecho y nutrido si él pasa ese primer tiempo del día en atender otros asuntos?

El amanecer es la hora para la comunión, la alabanza, el maná y la oración. «Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré» (Sal. 63:1). «...entonces buscaban a Dios ... se volvían solícitos en busca suya» (Sal. 78:34). En el original, en ambos salmos encontramos la palabra «temprano». Temprano por la mañana es el tiempo para la oración. Después de tener comunión con Dios y ser alimentado con el maná, el creyente se fortalece para poner todas las cosas delante de Dios y para orar cuidadosamente sobre ellas. Orar requiere fuerza; el débil no puede orar. Con la nueva fuerza tomada de la comunión y de la alimentación con el maná,

puedes orar – por ti, por la iglesia y por el mundo entero.

De esta manera, cada nuevo creyente necesita conocer las cuatro cosas que él debería estar atento a hacer ante Dios cada mañana: comunión, alabanza, lectura de la Biblia y oración. Si él las descuida, el día lo declarará. Incluso una persona como George Muller confesaba que si él se alimentaba ante Dios por la mañana o no lo hacía totalmente, eso determinaba su condición espiritual para la jornada completa. Su actuar por la mañana temprano presagiaba su día.

Muchos cristianos encuentran sus días difíciles porque sus horas matinales son deficientes. (Reconozco que una persona no se vería fácilmente afectada por circunstancias exteriores si conociera la separación del espíritu y del alma, y asimismo el quebrantamiento del hombre exterior. Esto, sin embargo, es un aspecto totalmente diferente). Para los nuevos creyentes, la exhortación se debe dirigir hacia el hecho de levantarse temprano, porque una vez que ellos lleguen a ser negligentes en esto, serán descuidados en casi todo. La diferencia que hace en el día, si alguien ha tomado alimento en la mañana o ha quedado hambriento, es en extremo grande.

Traducido de *Spiritual Exercise*.
(Christian Fellowship Publishers, 2007).



Muchos cristianos viven en continua inquietud en la esperanza de que serán puestos en una situación en la cual podrán disfrutar mejor (y más fácilmente) la vida cristiana. Se sienten atrapados en una red de circunstancias de las cuales no pueden escapar. Están tan fatigados, confundidos y golpeados por la continua presión sobre ellos que desean y anhelan que las cosas sean diferentes, muy seguros de que, si sólo fueran diferentes, Cristo sería más real. No han percibido que, en el centro de estas mismas circunstancias, ellos hallarán al Señor Jesús, hallarán Su gracia suficiente, hallarán la vida más abundante. (L.E. Maxwell).

El mero conocimiento no produce obediencia; solo la revelación de Dios nos lleva a obedecer.

JÓVENES

Comunión y revelación

Álvaro Astete

En estos días hemos tenido el privilegio de oír al Señor hablándonos por medio de diferentes vasos, usados conforme a Su propósito. Ha sido deleitoso escuchar la voz de nuestro Maestro. Particularmente a los jóvenes, el Señor los ha tratado de manera muy especial, privilegiándoles con tener a su alcance tanta riqueza en cuanto al conocimiento de Su persona y Su obra.

Sin embargo, hermanos amados, conviene señalar el riesgo que podemos correr si solo nos quedásemos con el conocimiento intelectual de las cosas que hemos oído, sin que éste baje al corazón, y se quede anidado solo en nuestra mente. Esto sería un tremendo fracaso.

Conocimiento vs. revelación

Existe una gran diferencia entre el conocimiento intelectual sobre aspectos escriturales o teológicos y la revelación en torno a los mismos asuntos. El primero es, sin duda, necesario, puesto que primero debemos conocer intelectualmente algo para luego comprenderlo; todo esto mediante la gracia del Señor. Pero si nos quedamos solo en ese ámbito, nunca podremos

experimentar la realidad de las cosas que conocemos.

La revelación es distinta. Es una acción divina. Aquí no interviene el pensamiento humano, ni las emociones ni los deseos humanos de saber algo. La revelación no es un descubrimiento, no es una idea brillante que alguien obtuvo como resultado de una búsqueda incesante; es Dios mismo dándonos a conocer sus secretos y aun a él mismo. Y esto se da, como ya mencionamos, por una acción divina, pero también como resultado de nuestra comunión con el Señor. Es aquí donde encontramos la principal diferencia entre el mero conocimiento y la revelación.

Hermanos, el simple conocimiento de doctrinas o de letras en relación a un asunto bíblico, no provoca en nosotros obediencia. La obediencia no es una consecuencia directa del conocimiento. Los judíos conocían la Ley de Moisés. Sin embargo, se nos dice de ellos que ninguno la pudo obedecer. ¿Por qué? Porque era solo conocimiento, era algo exterior. Pablo lo dice en su epístola a los Romanos: «*No hay justo, ni aun uno... no hay quien haga lo*

bueno, no hay ni siquiera uno» (Rom. 3:11a-12b). Las leyes se relacionan, en este contexto, con el árbol del conocimiento del bien y del mal. Conocemos lo bueno y lo malo, pero ese tipo de conocimiento no traerá como resultado la obediencia.

Amados jóvenes, podemos estar llenos de conocimiento en cuanto a asuntos proféticos, diversas doctrinas y otros asuntos teológicos, pero si aquello no está revelado al corazón, me temo que solo provocará dolores.

Resultados del mero conocimiento

El mero conocimiento provoca autosuficiencia y presunción. Autosuficiencia, pues, al pensar que manejamos una cantidad de 'información' que otros no conocen, sentimos que nadie tiene la suficiente autoridad intelectual para corregirnos y decirnos cómo debemos conducirnos en diversas situaciones. Sabemos lo suficiente como para manejar nuestra vida sin considerar las sugerencias y consejos de otros, menos aun si ellos saben tan poco. Esto no solo es autosuficiencia, sino también arrogancia.

La presunción reside en tener un alto concepto de sí mismo. No podemos presumir que, por haber tenido el privilegio de participar de conferencias o entrenamientos, estemos mucho más capacitados que otros para servir al Señor. El Espíritu Santo, a través de las Escrituras, nos recuerda que nadie debe tener un más alto concepto de sí que el que debe tener (Rom. 12:3).

Amados jóvenes, ¿pueden percibir cuánto peligro corren ustedes si se conforman solo con obtener conocimiento intelectual sin revelación?

La importancia de la comunión con Jesucristo

Como ya lo mencionamos, la revelación es una acción divina, pero también involucra un aspecto que tiene que ver con nosotros, esto es la comunión. Es este ámbito de la comunión con el Señor, el ambiente propicio para que él, en su soberanía, nos revele sus secretos, su obra, su persona. Fuera de este ambiente todo se reduce a simples formalismos, un conocimiento parcial y nublado, pero jamás alcanzará a transformarse en revelación.

Es en la comunión íntima donde el Padre nos muestra a su Hijo; donde el Hijo nos muestra al Padre; y donde el Espíritu Santo nos ministra la plenitud de la Deidad. A esta comunión hemos sido invitados a participar.

El llamado que hemos recibido de parte de Dios se resume así: «*Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor*» (1ª Cor. 1:9). De este llamado se desprende todo lo demás. Tu llamado no es a ir a África o a otro lugar a predicar el evangelio, sino a tener comunión con Jesús. Y si, como resultado de esa comunión, el Señor te envía, ¡gloria al Señor por ello! Pero tu primer y único llamado es a tener comunión con Él. Esto es, en otras palabras, buscar primero el reino de Dios y su justicia; todo lo demás será añadido.

Resultados de la revelación

Dios no quiere que solo conozcamos su palabra; él quiere que esta sea revelada en nuestros corazones. El autor de la carta a los Hebreos, citando al profeta Jeremías, dice: «*Pondré mis leyes en sus corazones y en sus mentes las*

escribiré» (Heb. 10:16). Esto es revelación. Solo la palabra revelada produce cambios en la vida de una persona.

Consideremos la vida de Pablo. Lo que provocó un cambio en ella, claramente, no fue su conocimiento de las Escrituras. Si alguien podía ufanarse de sus conocimientos, ese era él. Sin embargo, ese conocimiento no le permitió reconocer a Jesús como Señor. Esto solo ocurrió cuando el mismo Señor se reveló a Pablo y entonces él señala que no fue rebelde a la visión celestial (Hech. 26:19). Ese cambio no lo obtuvo por el nivel de conocimiento adquirido; solo fue originado como resultado de una revelación.

La revelación de Su Palabra produce cambios en nuestras vidas. Por ejemplo, conocemos que debemos honrar a nuestros padres, pues, lo hemos leído en la Biblia. Este mandamiento implica la obediencia a ellos, pero, ¿cómo nos cuesta hacerlo!

Si intentamos obedecer, no solo a nuestros padres sino también a Dios, basados o posicionados desde el conocimiento teórico e intelectual, esto se transformará en una mochila muy pesada y difícil de llevar. Pero si la palabra de Dios está revelada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, la obediencia no será una carga; al contrario, será un gozo, tal como lo era para

nuestro Salvador. Él se deleitaba en hacer la voluntad del Padre, pues él obedecía, no desde el mandato externo, sino desde su corazón. Que así ocurra también con nosotros. Concluimos, entonces, que la revelación de Su Palabra produce en nosotros obediencia.

Ser equilibrados

Hermanos, es verdad, podemos estar llenos de conocimiento y podríamos dar cátedras en torno a ciertos tópicos de la vida cristiana o temas escatológicos, pero podemos seguir siendo los mismos presumidos de siempre.

La búsqueda de conocimiento es buena. Siempre es bueno conocer algo más sobre algunos asuntos. Sin embargo, debemos ser equilibrados, puesto que el deseo de conocer puede fácilmente desenfocarnos de lo central de la vida cristiana.

Tal vez a la hora de preparar un tema para compartir con los hermanos, nos entretengamos buscando información, datos interesantes con respecto al texto en griego, el contexto en que se escribió la carta o el libro, pero, ¿hay proporción en cuanto al tiempo dedicado a la oración por esa palabra? Nos cuesta mucho más orar al Señor por ese sermón que buscar información para el mismo.

Es en la comunión íntima donde el Padre nos muestra a su Hijo; donde el Hijo nos muestra al Padre; y donde el Espíritu Santo nos ministra la plenitud de la Deidad.

Todo debe tener un equilibrio. Lo que el Padre más desea no es que nos llenemos de conocimiento doctrinal, sino que le busquemos a él, pues él está interesado en mostrarnos sus caminos y revelarnos su verdad.

Hay una expresión de Pablo que califica muy bien a este tipo de creyentes que solo buscan conocimiento sin revelación: «...*vanamente hinchado en su propia mente carnal*» (Col. 2:18b). Hinchado, vale decir, sin sustancia, sin revelación.

Un ambiente de comunión y de realidad

El deseo de Dios es que crezcamos con el crecimiento que él mismo nos da, que vivamos en un ambiente de comunión, un ambiente de realidad.

Amados hermanos jóvenes, su posición hoy es gloriosa y terrible a la

vez. Gloriosa, pues ustedes han recibido de parte del Señor una riqueza incommensurable en relación a su palabra. Pero terrible, porque si solo se quedan con el mero conocimiento no lograrán alcanzar aquello para lo cual fueron ganados por Cristo.

Les invito, en consecuencia, a no despreciar el conocimiento que hoy poseen en cuanto a la palabra del Señor; pero no se conformen con eso. Busquen al Señor, anhelan tener comunión e intimidad con él. Dejen de lado, por un momento, los libros, los comentarios y estudios cristianos, para estar quietos delante del Señor y conocer que él es Dios. Entonces su vida será distinta. Habrán agregado algo que resulta fundamental, sin lo cual nuestra vida se tornaría un címbalo que resuena, esto es, la comunión con Jesucristo nuestro Señor.



La proclamación de Lincoln

Abraham Lincoln lanzó una proclamación: declaró la emancipación de tres millones de esclavos en los Estados Unidos. Ese día, todas las cadenas cayeron y fueron hechos libres. La proclamación se clavó en los árboles y cercas por doquiera que el ejército del Norte marchaba. Muchos esclavos no sabían leer, pero otros les leían la proclamación, y la mayoría de ellos la creía. Algunos no lo creyeron, y se quedaron con sus amos, pero eso no alteraba el hecho de que ahora eran libres.

Cristo, el capitán de nuestra salvación, ha proclamado libertad a todos aquellos que tienen fe en él. Tomemos su palabra al pie de la letra. Los sentimientos no podrían haber hecho libres a los esclavos. Mirarnos a nosotros no nos hará libres, sino mirar a Cristo con los ojos de la fe logrará nuestra salvación. (D.L. Moody).

Una caricatura

Uno de los rasgos más notorios del rostro humano es su nariz. Cuando se hace el retrato de una persona, es posible agrandar su nariz de tal modo que los ojos, la boca y todo lo demás queden reducidos a algo insignificante. Entonces, el retrato deja de ser fiel, convirtiéndose en una caricatura.

En forma similar, es posible anunciar algunas doctrinas importantes del evangelio con tal intensidad que las demás de ellas quedan reducidas a la sombra, y la predicación ya no es la proclamación del evangelio en su belleza natural, sino una caricatura de la verdad. Y creo que hay personas que parecen ser muy afectas a esta caricatura. (C.H. Spurgeon).

APOLOGÉTICA

¿Realmente se levantó Jesús de entre los muertos?

El ateo Bertrand Russell escribió en 1925: «Yo creo que cuando yo muera me pudriré, y nada de mi propio ego va a sobrevivir». Bueno, eso es bueno. Russell claramente cruzaba la línea de lo malhumorado, pero todos nosotros nos preguntamos, con quizás más optimismo, qué nos pasará cuando muramos.

Si la vida después de la muerte no es una opción, entonces Russell tiene razón; nuestros cuerpos se pudrirán y nada más de nosotros va a sobrevivir. Nada de conciencia, nada de felicidad, nada de esperanza. Y dejando a un lado varias décadas de existencialismo, lo que eso realmente significa es un mundo accidental sin un propósito final.

Lo que hace que Jesús sea único entre los líderes religiosos y entre los grandes líderes en general, es su relación con la muerte. Los líderes se han encontrado con todas formas de muertes prematuras antes de que el mundo estuviera listo para su ida. Pero, no obstante, la muerte los buscó y los encontró. Jesús no es único en que sus enemigos lo mataron; lo que no tiene precedentes, si los evangelios han de

ser creídos, es que él predijo cómo y cuándo pasaría y se resignó a ello (en realidad lo eligió), declarando que la muerte no tenía poder sobre él.

El teólogo R.C. Sproul ha declarado: «La afirmación de resurrección es vital para el cristianismo. Si Cristo ha sido levantado de la muerte por Dios, entonces él tiene las credenciales que ningún otro líder religioso posee. Buda está muerto. Mahoma está muerto. Moisés está muerto. Confucio está muerto. Pero, de acuerdo con el cristianismo, Cristo está vivo».

Tan diferente y anormal es todo esto que una parte de nosotros nos gustaría rechazarlo como un mito. Pero, ¿ha de ser la resurrección relegada a una historia de escuela dominical o hay evidencias?

El investigador Josh McDowell dijo: «Después de más de 700 horas de estudiar este tema y minuciosamente investigar su fundamento, he llegado a la conclusión que la resurrección de Jesucristo es uno de los más malvados, mal intencionados, despiadados engaños jamás impuestos en las mentes de los hombres, o es el más fantástico hecho de la historia». Correcto, entonces ¿cuál es? Mantenemos nuestras mentes abiertas.

Cínicos y escépticos

Pero no todo el mundo está dispuesto a examinar justamente la evidencia. Bertrand Russell admite que: él «*tomó de Jesús lo que 'no concernía' con hechos históricos*». El historiador Joseph Campbell, sin citar evidencia, tranquilamente dijo a su audiencia de televisión de PBS que la resurrección de Jesús no fue un hecho real. Otros estudiosos como John Dominic Crossan del Seminario Jesús, están de acuerdo con él. Ninguno de estos escépticos presentan evidencia a sus opiniones.

Verdaderos escépticos, en oposición con los cínicos, están interesados en la evidencia. En una revista editorial escéptica llamada «*¿Qué es un escéptico?*», la siguiente definición es dada: «*Escepticismo es la aplicación de la razón a alguna y todas las ideas; no se permiten vacas sagradas. En otras palabras los escépticos no inician una investigación cerrados a la posibilidad de que un fenómeno podría ser real o de que una afirmación podría ser cierta. Cuando decimos que somos «escépticos», queremos decir que debemos ver poderosa evidencia antes de creer*».

A diferencia de Russell y Crossan, muchos escépticos verdaderos han investigado la evidencia de la resurrección de Jesús. En este artículo vamos a escuchar de alguno de ellos y ver cómo ellos analizaron la evidencia de lo que es quizás la más importante pregunta en la historia de la raza humana: ¿Realmente se levanta Jesús de entre los muertos?

Profecía propia

Con antelación a su muerte, Jesús les dijo a sus discípulos que él sería

traicionado, arrestado, y crucificado y que él volvería a la vida tres días después. ¡Ese es un plan muy extraño! ¿Qué había detrás de él? Jesús no era un artista dispuesto a actuar por imposición humana; él prometió que su muerte y resurrección le demostraría a la gente (si sus mentes y corazones estaban abiertos) que él ciertamente era el Mesías.

El estudioso en Biblia Wilbur Smith comentó: «*Cuando Jesús dice que él mismo se levantaría otra vez de la muerte, el tercer día después de que él fue crucificado, él dice algo que solo un necio se atrevería a decir, si esperaba más devoción de cualquiera de sus discípulos a menos que él estuviera seguro que iba a resucitar. Ningún fundador de cualquier religión del mundo conocida por los hombres jamás se atrevió a decir una cosa como ésta*». En otras palabras, ya que Jesús les había dicho claramente a sus discípulos que se levantaría de nuevo de entre los muertos, el fracaso de mantener esa promesa lo expondría como un fraude. Pero nos estamos adelantando. ¿Cómo murió Jesús, antes que él (si lo hizo) se levantara de nuevo?

Una muerte horrible, ¿y después...?

Usted sabe cómo fueron las últimas horas de vida en la tierra de Jesús, si vio la película de Mel Gibson. Si usted se perdió partes de *La Pasión de Cristo*, solo revise las últimas páginas de cualquier evangelio en su Nuevo Testamento para averiguar lo que se perdió.

Como predijo Jesús, él fue traicionado por uno de sus propios discípulos, Judas Iscariote, y fue arrestado. En un juicio simulado por medio del gobernador romano, Poncio Pilatos, fue

declarado culpable de traición y condenado a morir en una cruz de madera. Antes de ser clavado a la cruz, Jesús fue brutalmente golpeado con un gato romano de nueve colas, un látigo con trozos de hueso y metal que rasgarían la carne. Fue abofeteado repetidamente, pateado, y escupido.

Después, utilizando mazos, los verdugos romanos golpearon el pesado hierro forjado clavado en las muñecas y pies de Jesús. Finalmente dejaron caer la cruz en un agujero en la tierra entre otras dos cruces que cargaban a ladrones condenados.

Jesús colgó allí por aproximadamente seis horas. Luego, a las 3:00 de la tarde – esa es la hora exacta en que el cordero de la Pascua había sido sacrificado como ofrenda por los pecados (un pequeño simbolismo allí, ¿te parece?) – Jesús gritó: «Consumado es» (en arameo), y murió. De repente, el cielo se puso oscuro y un terremoto sacudió la tierra.

Pilatos quería confirmación de que Jesús estaba muerto antes de permitir que su cuerpo fuera sepultado. Entonces un guardia romano hundió una lanza a su costado. La mezcla de sangre y agua que fluyó fue una clara indicación de que Jesús estaba muerto. El cuerpo de Jesús fue entonces bajado de la cruz y sepultado en la tumba de José de Arimatea. La guardia romana siguiente selló la tumba, y la cuidó las veinticuatro horas reloj.

Mientras tanto, los discípulos de Jesús estaban en shock. El Dr. J.P. Moreland escribe de su estado mental: «Ellos ya no tenían confianza de que Jesús había sido enviado por Dios. Ellos también habían sido enseñados que Dios

no dejaría a su Mesías sufrir la muerte. Entonces se dispersaron. El movimiento de Jesús estaba prácticamente detenido en sus sendas».

Toda esperanza estaba vencida. Roma y los líderes judíos habían prevalecido – o eso parecía.

Algo pasó

Pero no era el fin. El movimiento de Jesús no desapareció (es obvio), y de hecho el cristianismo es hoy la más grande religión del mundo. Por lo tanto, tenemos que saber que pasó después de que el cuerpo de Jesús fue bajado de la cruz y puesto en la tumba.

En un artículo del *New York Times*, Peter Steinfelds cita los sorprendentes eventos que ocurrieron tres días después de la muerte de Jesús: «Poco después de que Jesús fue ejecutado, sus seguidores fueron de repente impulsados de ser un desconcertante y encogido grupo, a ser gente cuyo mensaje sobre la vida de Jesús y la venida del reino es predicado al riesgo de sus vidas, y eventualmente cambió un Imperio. Algo pasó... ¿pero qué exactamente?» Esa es la pregunta que tenemos que contestar con una investigación sobre los hechos.

Sólo hay cinco explicaciones posibles de la presunta resurrección de Jesús, como se relata en el Nuevo Testamento:

1. Jesús realmente no murió en la cruz.
2. La «resurrección» fue una conspiración.
3. Los discípulos estaban alucinando.
4. Los relatos son legendarios.
5. Realmente pasó.

Caminemos a través de estas opciones y veamos cuál se adapta mejor a los hechos.

¿Estuvo muerto Jesús?

Algunos han propuesto que Jesús vivió a pesar de la crucifixión y fue revivido por el frío aire húmedo en la tumba. Pero esa teoría no parece cuadrar con la evidencia médica. Un artículo en la revista *American Medical Association* explica por qué esta llamada «teoría del desvanecimiento» es insostenible: «Claramente, el peso de evidencia histórica y médica indicaba que Jesús estaba muerto. La lanza, hundida en su costado derecho, probablemente perforó no solo su pulmón derecho, sino también el pericardio y corazón y de ese modo aseguraron su muerte.» Pero el escepticismo acerca de este veredicto puede ser justificado, como este caso ha estado archivado por 2000 años. Al menos, necesitamos una segunda opinión.

Un lugar para encontrar eso es en los reportes de historiadores no cristianos de alrededor del tiempo que Jesús vivió. Tres de estos historiadores mencionaron la muerte de Jesús.

Lucio (c.120-c.180 d.C.) se refirió a Jesús como un sofista crucificado (filósofo).

Josefo (c.37-c.100 d.C.) escribió: «En este tiempo apareció Jesús, un hombre sabio, porque él era un emprendedor de obras asombrosas. Cuando Pilatos lo condenó a la cruz, los principales hombres entre nosotros, lo habían acusado, aquellos que lo amaron no cesaron de hacerlo».

Tácito (c.56-c.120 d.C.) escribió: «Christus, de quien el nombre tuvo su origen, sufrió la extrema sanción... en las manos de nuestro procurador, Poncio Pilatos».

Esto es un poco como ir entre los archivos y buscando aquel de un día de primavera en el primer siglo. *The*

Jerusalem Post publicó en primera página una historia diciendo que Jesús fue crucificado y muerto. No está mal el trabajo de detective, y es bastante concluyente.

De hecho, no hay relatos históricos de cristianos, romanos, o judíos que discuten ya sea la muerte de Jesús o su entierro. Incluso Crossan, un escéptico de la resurrección, está de acuerdo que Jesús realmente vivió y murió: «Que él fue crucificado es tan seguro como cualquier hecho histórico puede llegar a ser». A la luz de tal evidencia, parece que estamos en buena tierra para descartar la primera de nuestras cinco opciones. Jesús estaba claramente muerto, «de eso no hubo duda».

La cuestión de una tumba vacía

Ningún historiador serio realmente duda que Jesús estuviera muerto cuando fue bajado de la cruz. Sin embargo, muchos se han preguntado cómo el cuerpo desapareció de la tumba. El periodista inglés, Dr. Frank Morison inicialmente pensó que la resurrección era o un mito o un engaño, y empezó a investigar para escribir un libro refutándolo. El libro se hizo famoso pero por razones diferentes que su propósito original, como veremos.

Morison empezó por intentar resolver el caso de una tumba vacía. La tumba pertenecía a un miembro del concilio o Sanedrín, José de Arimatea. En Israel, en aquel tiempo, para estar en el concilio había que ser una estrella de rock. Todos sabían quién estaba en el concilio. José debe haber sido una persona real. De lo contrario, los líderes judíos habrían expuesto la historia como un fraude en su intento de refu-

tar la resurrección. También, la tumba de José habría estado en un muy conocido lugar y fácilmente identificable, entonces cualquier pensamiento de que Jesús se haya «perdido en el cementerio» debería ser descartado.

Morison se preguntaba: *«por qué los enemigos de Jesús habían permitido que el «mito de la tumba vacía» persistiera si no era cierto»*. El descubrimiento del cuerpo de Jesús habría instantáneamente matado toda la conspiración.

Y lo que es conocido históricamente de los enemigos de Jesús es que ellos acusaron a los discípulos de Jesús de robarse el cuerpo, una acusación claramente basada en una creencia compartida de que la tumba estaba vacía.

El Dr. Paul L. Maier, profesor de historia antigua en Western Michigan University, de la misma manera, declaró: *«Si toda la evidencia es pesada cuidadosa y justamente, es ciertamente justificable concluir que la tumba en la que Jesús estaba enterrado estaba realmente vacía en la mañana de la primera Pascua. Y ninguna evidencia ha sido descubierta aún que refutaría esta declaración»*.

Los líderes judíos estaban aturridos, y acusaron a los discípulos de robar el cuerpo de Jesús. Pero los romanos habían asignado a una unidad de guardias entrenados (de 4 a 12 soldados) a vigilar la tumba las 24 horas. Morison preguntó: *«¿Cómo podrían estos profesionales haber dejado que el cuerpo de Jesús fuese objeto de vandalismo?»*. Habría sido imposible para cualquiera haber escapado de los guardias romanos y haber movido una piedra de dos toneladas. Sin embargo la piedra fue movida y el cuerpo de Jesús había desaparecido.

Si el cuerpo de Jesús estaba en un lugar donde se podría encontrar, sus enemigos hubieran rápidamente expuesto la resurrección como un fraude. Tom Anderson, antiguo presidente de la Asociación de Abogados de Juicio de California, resume la fuerza de sus argumentos: *«Con un evento tan bien publicado, ¿no cree usted que es razonable que un historiador, un testigo ocular, un antagonista no habría registrado para todos los tiempos que él había visto el cuerpo de Jesús? El silencio de la historia es ensordecedor cuando viene al testimonio en contra de la resurrección»*.

Así que, sin cuerpo de evidencia, y con una conocida tumba claramente vacía, Morison aceptó la evidencia como sólida de que el cuerpo de Jesús había desaparecido de alguna manera de la tumba.

¿Robo de la tumba?

Como Morison continuó su investigación, él empezó a examinar los motivos de los seguidores de Jesús. Tal vez la supuesta resurrección fue en realidad un cuerpo robado. Pero si es así, ¿cómo se explica todos los informes de las apariciones del Jesús resucitado? El historiador Paul Johnson, en Historia de los Judíos, escribió: *«Lo que importaba no eran las circunstancias de su muerte, sino el hecho de que él estaba ampliamente y obstinadamente siendo creído, por un creciente círculo de personas, de haberse levantado de nuevo»*. La tumba estaba ciertamente vacía. Pero no era la mera ausencia del cuerpo que habría impulsado a los seguidores de Jesús (especialmente si ellos habían sido los que lo habían robado). Algo extraordinario debía haber pasado,

Nadie ha explicado adecuadamente por qué los discípulos habrían estado dispuestos a morir por una mentira conocida.

para que los seguidores de Jesús cesaran el duelo, cesaran de esconderse, y empezaran sin miedo a proclamar que ellos habían visto a Jesús vivo.

Cada testigo ocular cuenta informes de que Jesús de repente apareció en forma física a sus seguidores, a las mujeres primero. Morison se pregunta por qué los conspiradores habrían hecho a las mujeres centrales en su conspiración. En el primer siglo, las mujeres casi no tenían derechos. Si la conspiración habría de tener éxito, Morison razonó, los conspiradores habrían señalado a hombres, no mujeres, como los primeros en ver a Jesús vivo. Y todavía oímos que las mujeres lo tocaron, le hablaron, y fueron las primeras en encontrar la tumba vacía.

Más tarde, de acuerdo con los relatos de los testigos oculares, todos los discípulos vieron a Jesús en más de diez ocasiones diferentes. Ellos escribieron que él les mostró sus manos y pies y les dijo que lo tocaran. Y se reporta que él comió con ellos y más tarde apareció con vida a más de 500 seguidores en una ocasión.

El erudito legal John Warwick Montgomery declaró: *«En el 56 d. C. el apóstol Pablo escribió que más de 500 personas habían visto al Jesús resucitado y que la mayoría de ellos seguían con vida (1ª Corintios 15:6.) Se pasa de los límites*

de credibilidad que los primeros cristianos podrían haber fabricado tal cuento y entonces predicado entre aquellos que podían fácilmente haberlo refutado simplemente al presentar o mostrar el cuerpo de Jesús».

Los estudiosos Geisler y Turek están de acuerdo: *«Si la Resurrección no ha ocurrido, ¿por qué habría dado el apóstol Pablo tal lista de supuestos testigos? El habría inmediatamente perdido toda credibilidad de sus lectores de Corintios por mentir tan descaradamente».*

Pedro lo dijo a una multitud en Cesarea porque él y los otros discípulos estaban tan convencidos de que Jesús estaba vivo: *«Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. Lo mataron, colgándolo de un madero, pero Dios lo resucitó al tercer día y comimos y bebimos con él después de su resurrección (Hch. 10:39-41).*

El erudito bíblico británico Michael Green observó: *«Las apariciones de Jesús son tan bien autenticadas como nada en la antigüedad. No puede haber duda racional de que ellas ocurrieron».*

Consecuente hasta el final

Como si los informes de los testigos no fueran suficientes para desafiar al escéptico de Morison, él estaba también desconcertado por el comportamiento de los discípulos: *«Un hecho de*

la historia que ha dejado perplejo a historiadores, psicólogos, y escépticos por igual es que estos 11 cobardes estaban de repente dispuestos a sufrir humillación, tortura, y muerte. Todos menos uno de los discípulos de Jesús fueron asesinados como mártires. ¿Ellos habrían hecho tanto por una mentira, sabiendo que ellos habían tomado el cuerpo?».

Ser un mártir dispuesto a morir por una mentira conocida es locura. Como Paul Little escribió: «Los hombres morirán por lo que ellos creen que es verdad, aunque en realidad sea falso. Sin embargo, ellos no morirán por lo que creen que es una mentira». Los discípulos de Jesús se portaron de una manera consistente con una genuina creencia de que su líder estaba vivo.

Nadie ha explicado adecuadamente por qué los discípulos habrían estado dispuestos a morir por una mentira conocida. Aun si todos ellos conspiraron para sentir sobre la resurrección de Jesús, ¿cómo pudieron mantener la conspiración viva por décadas sin que al menos uno de ellos se vendiera por dinero o posición? Moreland escribió: «Aquellos que mienten por una ganancia personal no se quedan juntos mucho tiempo, especialmente cuando las dificultades disminuyen los beneficios».

El antiguo «hombre-hacha» de la administración Nixon, Chuck Colson, implicado con el escándalo Watergate, remarcó la dificultad de que varias personas mantengan una mentira un periodo extenso de tiempo: «Yo sé que la resurrección es un hecho, y Watergate lo demostró para mí. ¿Cómo? Porque doce hombres testificaron haber visto a Jesús levantarse de la muerte, y después ellos proclamaron la verdad por 40 años, ni una

sola vez negándolo. Cada uno fue golpeado, torturado, apedreado y puesto en prisión. Ellos no habrían resistido eso si no fuera verdad. Watergate implicaba a doce de los más poderosos hombres en el mundo y ellos no pudieron mantener una mentira por tres semanas. ¿Usted me está diciendo que doce apóstoles pudieron mantener una mentira por 40 años? Absolutamente imposible».

Algo pasó que cambió todo para estos hombres y mujeres. Morison reconoció: «Cualquiera que venga a este problema ha de enfrentarse tarde o temprano al hecho de que no puede ser explicado de lejos. Este hecho es que, una convicción profunda vino a un grupo pequeño de personas, un cambio que atestigua el hecho de que Jesús se había levantado de la tumba».

¿Estaban alucinando los discípulos?

A veces ciertas personas pueden «ver» cosas que ellos quieren, cosas que no están realmente allí. Y eso es el por qué algunos han afirmado que los discípulos estaban tan angustiados sobre la crucifixión que sus deseos de ver a Jesús vivo causó una alucinación en masa. ¿Convincente?

El psicólogo Gary Collins, antiguo presidente de la Asociación Americana de Consejeros Cristianos, fue interrogado sobre la posibilidad de que alucinaciones estuvieran detrás del cambio radical de comportamiento de los discípulos. Collins comentó: «Las alucinaciones son acontecimientos individuales. Por su propia naturaleza, solo una persona puede ver una alucinación dada en un tiempo. Ellas ciertamente no son algo que puede ser visto por un grupo de personas».

La alucinación no es siquiera una remota posibilidad, de acuerdo con el psicólogo Thomas J. Thorburn: *«Es absolutamente inconcebible que quinientas personas, con un promedio sensato de mente, puedan experimentar todo tipo de impresiones visuales, auditivas y de tacto, y que todas estas experiencias puedan ser solo alucinación».*

Es más, en la psicología de alucinaciones, la persona necesitaría estar en un estado de ánimo donde ellos deseen ver tanto a esa persona que su mente lo consiga. Dos líderes importantes de la iglesia primitiva, Santiago y Pablo, ambos se encontraron con un Jesús resucitado sin que ninguno lo esperara o tuviera esperanza de experimentar ese placer. El apóstol Pablo, de hecho condujo las primeras persecuciones de cristianos, y su conversión permanece inexplicable, excepto por su propio testimonio de que Jesús se le apareció, resucitado.

De mentira a leyenda

Unos escépticos no convencidos atribuyen la historia de la resurrección a una leyenda que comenzó con una o más personas mintiendo o pensando que ellos vieron a Jesús resucitado. Con el tiempo, la leyenda habría crecido y habría sido adornada al ser difundida. En esta teoría, la resurrección de Jesús es comparable con la mesa redonda del Rey Arturo, o a la pequeña incapacidad de George Washington de decir una mentira.

Pero hay tres problemas principales con esta teoría:

1. *Una leyenda rara vez se desarrolla mientras haya testigos oculares vivos para refutarla.* Sherwin-White, un historia-

dor de las antiguas Roma y Grecia, argumenta que la noticia de la resurrección se esparció muy pronto, y muy rápido para que pueda haber sido una leyenda.

2. *Las leyendas se desarrollan por tradición oral y no vienen con documentos históricos contemporáneos que pueden ser verificados.* Sin embargo los evangelios fueron escritos a tres décadas de la resurrección.

3. *La teoría de la leyenda no explica adecuadamente ni el hecho de la tumba vacía o de la históricamente comprobada convicción de los apóstoles de que Jesús estaba vivo.*

Por qué gana el cristianismo

Morison estaba desconcertado por el hecho de que: *«un diminuto movimiento, insignificante, era capaz de prevalecer sobre la apretada astucia del establecimiento judío, así como el poder de Roma».* ¿Por qué ganó por sobre todas esas probabilidades en contra?

Él escribió: *«En veinte años, la afirmación de estos campesinos galileos había trastornado la iglesia judía. En menos de cincuenta años había empezado a amenazar la paz del Imperio Romano. Cuando hemos dicho todo lo que puede ser dicho, seguimos enfrentándonos con el mayor misterio de todos. ¿Por qué ganó?».*

Con toda razón, el cristianismo debió haber muerto en la cruz cuando los discípulos huyeron por sus vidas. Pero los apóstoles continuaron y establecieron un creciente movimiento.

J.N.D. Anderson escribió: *«Piense en lo psicológicamente absurdo de imaginarse a una pequeña banda de cobardes derrotados en una habitación superior un día, y unos pocos días después, transformados en*

una compañía que ninguna persecución podría callar, y luego intentando atribuirle este cambio dramático a nada más convincente que una fabricación miserable. Eso simplemente no tendría sentido».

Muchos eruditos creen (en palabras de un antiguo comentarista) que: «la sangre de los mártires fue la semilla de la iglesia». El historiador Will Durant observó: «César y Cristo se habían encontrado en la arena y Cristo había ganado».

Una sorprendente conclusión

Con mito, alucinación, y un defecto de autopsia descartados, con evidencia irrefutable para una tumba vacía, con muchos testigos oculares de su reaparición, y con la inexplicable transformación e impacto sobre el mundo de aquellos que clamaron haberlo visto, Morison se convenció de que su juicio preconcebido de la resurrección de Cristo había estado errado, y empezó a escribir un libro diferente, titulado *¿Quién movió la Piedra?*, para detallar sus nuevas conclusiones. Él simplemente siguió el rastro de evidencia, pista por pista, hasta que la verdad del caso le pareció clara. Su sorpresa fue que la evidencia lo llevó a creer en la resurrección.

En su primer capítulo, «*El Libro que se Negó a Ser Escrito*», este antiguo escéptico explica cómo la evidencia lo convenció de que la resurrección de Jesús fue un acontecimiento histórico real: «*Fue como si un hombre se dispusiera a cruzar un bosque por un familiar y bien retirado camino y saliera de repente por donde él no esperaba salir*».

Morison no está sólo. Otros incontables escépticos han examinado la evidencia de la resurrección de Jesús, y lo han aceptado como el más sorprendente hecho en toda la historia de la humanidad. Pero la resurrección de Jesucristo plantea la pregunta: ¿Qué tiene que ver con mi vida el hecho de que Jesús derrotó a la muerte? La respuesta a esa pregunta es acerca de lo que se trata el cristianismo del Nuevo Testamento.

Tomado de <http://jesusonlineministries.org/>

Referencias

1. Paul Edwards, *Great Minds: Bertrand Russell*.
2. R. C. Sproul, *Reason to Believe*.
3. Josh McDowell, *The New Evidence That Demands a Verdict*.
4. Bertrand Russell, *Why I Am Not a Christian*.
5. Joseph Campbell, una entrevista con Bill Moyers.
6. Michael J. Wilkins and J. P. Moreland, *Jesus Under Fire 7 «What Is a Skeptic?»*, Editorial Skeptic.
8. Will Durant, *Caesar and Christ*, vol. 3 of *The Story of Civilization*.
10. Peter Steinfelds, *Jesus Died And Then What Happened?*
11. Gary Habermas, *The Case for the Resurrection of Jesus*.



¿Por qué eres un extranjero? Porque estás lejos de casa. ¿Por qué eres un peregrino? Porque estás viajando hacia un lugar al cual deseas llegar. Eres un extranjero porque tus esperanzas, tus alegrías y Aquel a quien más amas están en el cielo, y eso es lo que hace al cielo el hogar de tu corazón.

Nacido de arriba, tú perteneces al cielo. Tu Padre está allí, tu Salvador está allí. Tus fuentes están en el cielo; tus esperanzas, tus alegrías, están todas en el cielo. En resumen, tú eres como una planta exótica aquí, un extraño en este clima. Eres un peregrino, también, y un peregrino nunca deja de pensar en su peregrinación hasta que llega al punto hacia el cual está encaminado su curso. (*W.T.P. Wolston*).

Tomando el arado

Ustedes siguen siendo una gran bendición, pues las verdades de Dios han sido recuperadas y dadas a conocer a todos los creyentes. Muchos movimientos han salido por el mundo con verdades muy parecidas, pero tenemos que discernir entre el trigo y la cizaña, pues no todo el que dice estar por Dios te conduce hacia Cristo. Ya que ustedes han tomado el arado para no volver atrás, continúen como colaboradores de Dios, con la carga del Señor. Muchos les apoyamos con nuestras oraciones.

David Calvo (USA).

Romanos

En Aguas Vivas, me encuentro leyendo y comprendiendo Romanos, impactado por la cantidad de luz y vida que el Señor está impartiendo en mi espíritu. Entre más leo, más luz estoy recibiendo. Muchas gracias por su labor.

Daniel Iván Reyes, México.

Cartas vivas

Aguas Vivas es la bendición más grande que pueda haber venido del cielo para la iglesia del Señor. Ustedes son cartas vivas de nuestro buen Dios para todo el pueblo cristiano.

Pedro Luis Orrillo Flores, Lima (Perú).

Súplicas

Gracias al Señor por las bendiciones que hemos recibido a través de Aguas Vivas. Los mensajes han llegado gracias a nuestras súplicas como iglesia. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo y el amor de nuestro Padre sean con ustedes y con todos los hermanos en Chile.

William, Lucila, Carolina y Diego.
Christchurch (Nueva Zelandia).

En la Web

Estoy leyendo cada página de la web, y me ha aclarado en gran manera muchas cosas. Que el Señor bendiga su obra en ustedes y a todos los que le buscan y le predicán de verdad. Veré lo que me llame la atención, lo imprimiré y se lo daré a algunas amistades que tienen hambre y sed de nuestro Señor.

Claudia Franco Fernández (España).

Refrigerio

Estoy muy agradecida al Señor primeramente y a ustedes, por este refrigerio que me edifica, consuela, exhorta y es tablece. ¿Cómo querría privarme de este manantial de aguas vivas? Misericordia, gracia y paz a ustedes, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Milma, Santa Clara (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

Año 14 · N° 69 · Enero - Febrero - Marzo 2013

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO Y DIAGRAMACION: Mario Contreras.